

Monólogo para seis voces sin sonido

Alfonso Vallejo

PERSONAJES

SAM HARTWIG

DOCTOR VOGEL

KARL JOWIALSKI

DIGBY

LEONORA

KATY

MASNICA

CUNNINGHAM

PARTE I

Penumbra. Se entrevé a un hombre al fondo de la escena, sentado en la silla eléctrica. A la izquierda, el verdugo. Se ve cómo baja una palanca, despacio. Gemido imperceptible. Silencio. Un extraño ambiente, irreal, rodea el cuerpo sin vida de SAM HARTWIG. Oscuridad.

Sala de autopsias. Luz de una lámpara quirúrgica sobre la mesa de disección. Cuerpo de SAM HARTWIG cubierto con una sábana. Resto de la escena en la oscuridad. El DOCTOR VOGEL, vestido de verde, con un mandil de plástico que le llega hasta los pies, delante de KARL JOWIALSKI, el juez que ha condenado a SAM HARTWIG a la silla eléctrica.

KARL.- ¿Y me has llamado para decirme esto?... ¿A las cinco de la mañana?

VOGEL.- Exactamente.

KARL.- ¿No podías habérmelo contado por teléfono?

VOGEL.- No... Te repito que ha sido su última voluntad. Hacerte venir a la sala de autopsias... **(Mira el reloj.)** Ten paciencia. No faltan más que unos segundos.

(Se oye el viento soplar, gélido, fuera de la prisión. El DOCTOR VOGEL es un tipo alto, huesudo, de poderosos dientes y mirada penetrante, siniestra. Sus orejas son grandes, pegadas al cráneo, afiladas. Mímica expresiva, cáustica. Largas manos, uñas afiladas. Frunce continuamente el ceño al hablar; de vez en cuando enseña los dientes, en una mueca forzada, con las mandíbulas apretadas. Tiene los brazos cruzados. Mira insistentemente a KARL, sin pestañear, con evidente agresividad. KARL se ajusta la gabardina con evidente sensación de malestar.)

KARL.- Esta situación es ridícula... ¡Intolerable! En toda mi carrera jurídica es la primera vez que...

VOGEL.- **(Interrumpiéndole.)** Ha sido una autopsia muy particular, créeme. Llena de incidencias, hallazgos insólitos y sorpresas... Nadie daba crédito a sus ojos... Y sin embargo... **(Mira de nuevo el reloj.)** Primero abrimos el tórax...

KARL.- Escucha Vogel..., estoy muy cansado... Me duele la cabeza... Yo...

VOGEL.- **(Sin dejarle hablar.)** Lo abrimos mediante una incisión circular. **(Se dibuja sobre el tórax la incisión de la autopsia, despacio, sin dejar de mirar a KARL fijamente.)** Fuimos levantando cada una de las costillas..., seccionándolas meticulosamente..., una a una, despacio..., muy despacio. No teníamos ninguna prisa. Todo lo contrario. Podíamos pasarnos semanas desguazando su cuerpo. **(Pausa.)** Levantamos el escudo torácico..., despacio, muy despacio..., con la meticulosidad de las realizaciones perfectas... Extraímos el corazón y los pulmones.

KARL.- **(Nervioso.)** ¿Quieres terminar de una vez! ¡Me estás empezando a hartar, Vogel!

VOGEL.- (Impasible, sin dejar de mirarle.) Después, mediante una incisión en el abdomen... **(Se dibuja la incisión.)** pusimos al aire el paquete intestinal, lo fuimos extrayendo, despacio, siempre muy despacio, desenrollando cada una de las asas, desprendiendo el bazo, el hígado, el páncreas..., ¡hasta la vesícula!... ¡Todo! Paso a paso, con una precisión maquiavélica...

KARL.- ¡Y qué! ¿Quieres decirme de una vez para qué me has llamado?

VOGEL.- Llegamos al estómago, lo sacamos, lo limpiamos... Pero cuando lo abrimos..., ¡cuando lo abrimos!...

KARL.- ¿Qué?

VOGEL.- (Secándose las manos, furioso.) Ante nuestra sorpresa infinita..., ante nuestro estupor... **(Pausa. Ojos dilatados, inyectados.)** encontramos esta carta dirigida a ti... señor juez.

(Silencio.)

KARL.- ¿Qué estás diciendo?

VOGEL.- Una carta con una cruz pintada en la parte superior, negra, de límites precisos, dirigida a ti. Una cruz de despedida, supongo. A los pocos minutos se le ajustició... ¿Estábamos soñando?... ¿Qué significaba aquello? ¿Era real aquel papel?

(Levanta despacio la sábana que cubre a SAM HARTWIG. Expresión terrible de éste, con los espasmos de la muerte. Saca una bandeja con una carta medio doblada, ante el terror de KARL.)

Le debió costar mucho trabajo tragársela sin masticarla... Pero se ve que lo que tenía que decirle, era algo importante sin duda, señor juez. **(Lee.)** «Para ser leído el juez Karl Jowialski, quien me ha condenado a muerte por error y negligencia, basándose en pruebas falsas, inexistentes, inventadas». **(Levanta la mirada, observa a KARL detenidamente.)** ¿Estás oyendo! ¡Eh!

KARL.- Déjame ver...

VOGEL.- ¡No! ¡Tú no puedes leerla! ¡Ni tocarla! Lo dice aquí bien claramente. Tú no tienes derecho más que a escuchar. Es lo único que te permite. **(Lee.)** «Señor juez, quien le habla soy yo, Sam Hartwig, acusado de haber dado muerte a mi esposa y condenado por usted a la silla eléctrica. Supongo que al hacerme la autopsia, habrán encontrado esta carta dirigida a usted en mi estómago, y que alguien se la estará leyendo. Deben ser las cinco y media».

(KARL mira el reloj, traga saliva, se pasa la mano por la frente.)

KARL.- Vaya... En punto... ¿Te importaría teparle la cara?... Todo esto es repugnante... **(Se coloca los gemelos, se quita alguna mota de polvo.)**

VOGEL.- ¿Te sucede algo?

KARL.- ¿A mí? ¿Qué podría sucederme?

VOGEL.- ¿Lo quieres saber?... Lo que te sucede es que tienes miedo. Mírale. Es él quien ha escrito esto. Hace dos días. Ahora cuando yo te lo empiece a leer, va a parecer que es él quien te lo está diciendo... despacio..., muy despacio..., casi al oído. Tienes miedo de lo que te puede revelar después de muerto.

(Silencio.)

KARL.- Yo tengo prisa, querido. Mucha. Casi no he dormido por venir aquí a escuchar estas sandeces... O te das prisa o me voy... No puedo aguantar este olor. Ni este lugar... Lee o me marchó.

VOGEL.- (Leyendo.) «Cuando le estén leyendo esta carta, señor juez, yo estaré ya a miles de kilómetros... en algún punto vacío del espacio, en alguna extraña órbita, muy lejos de esta sala de autopsias, camino de alguna futura constelación... Pero usted estará ahí, terriblemente vivo, incrustado en la tierra, delante de mi cuerpo, escuchando mi voz... Créame, es un enorme placer hablar con usted desde aquí... Y aunque no puedo verle, me lo imagino ahí, impasible, frío, calculador, con la mano metida en el bolsillo del chaleco».

(KARL **retira la mano del bolsillo del chaleco, lívido.**
VOGEL **sonríe.**)

Vaya... Cómo te conocía... Parece que eres tú quien habla...

KARL.- Adelante...

VOGEL.- (Leyendo.) «Debe usted llevar el traje azul con rayas y la gabardina color crema. Parece que le estoy viendo... **(Pausa.)** Durante el juicio, señor juez, he tenido mucho tiempo para observarle. Ahora cuando escribo estas palabras, creo que he desentrañado algunos misterios de su personalidad. Sí, le hablo y creo que le siento aquí, al lado mío..., que le estoy hablando por dentro. Huelo su aliento, aquí, muy cerca, oigo su voz, siento sus ojos clavados en mí, vacíos, muertos..., extrañado por la morfología de mis vísceras, atónito ante la presencia de la muerte».

(KARL **se seca el sudor, con una palidez cadavérica.**
VOGEL **sigue leyendo con el mismo acento monorrítmico,**
implacable.)

«He sido condenado a muerte por usted. Todavía no lo puedo creer... Voy a morir. Dentro de poco vendrán a buscarme... Hablar con usted es el único consuelo que me queda... Dios mío... No sé si hablo desde ahí o desde aquí..., no sé si he muerto o estoy a punto de morir... Dios mío...»

(KARL es un tipo elegante, de unos cincuenta años. Pelo cuidadosamente planchado. Cuello de la camisa más alto de lo normal. Impecablemente vestido. Corbata fina, como los labios. Facciones huesudas, esqueléticas, de marcada rigidez. Expresión dura, de fósil, casi sin reflejos. Un ligero temblor pasajero, al hablar, revela la fragilidad de su carácter. Y sobre todo, los ojos, vidriosos, duros, brillantes, reflejan la tortuosidad de sus pasiones e inteligencia.)

KARL.- Ese hombre era un enfermo... Todo esto me confirma en lo que pensaba. Un loco... Eso es lo que era. El prototipo del esquizofrénico con ideas paranoides..., un hombre acabado, deteriorado, sin alma..., presa de delirios interminables que... que... que le atormentaban. Yo le conocía bien. ¡Muy bien!... Un artífice de la astronomía... ¡Mentira! ¡Sam Hartwig no era nada...! ¡Nada! ¡Un judío emigrado de blancas manos! ¡Nada más! ¡Un criminal! ¡Mató a su mujer! La descuartizó con un hacha. **(Se sigue secando cuidadosamente el sudor.)** Creía que le engañaba con el vecino que vivía en el piso superior al de ellos... Un crimen horrible, imperdonable, como sólo una mente enferma puede concebir... **(Dobla el pañuelo con esmero, se ajusta la corbata.)** Sigue.

(VOGEL se le ha quedado mirando.)

¿No me has oído!... Te he dicho que sigas..., Vogel... ¡Inmediatamente!

VOGEL.- **(Leyendo.)** «Pero hay algo que quiero preguntarle, señor juez. ¿Por qué omitió pruebas? ¿Por qué se inventó datos? ¿En qué estaba pensando, señor juez? ¿Estaba soñando?»

KARL.- ¿Yo? ¡Mentira! ¡Mentira! Ese individuo...

VOGEL.- **(Cogiéndole de la solapa.)** ¿Por qué? ¡Contesta! ¿Estabas dormido! ¿O estabas delirando?

KARL.- ¡Suéltame!... ¡No vuelvas a tocarme! No tengo por qué aguantar...

VOGEL.- Aquí lo dice...

KARL.- ¿Qué dice ahí, vamos a ver?

VOGEL.- (Leyendo.) «¿Sabe por qué, señor juez? Porque tiene usted la cara del estreñido crónico, con el cerebro inundado de vapores fecales y excrementos».

(Silencio.)

Este hombre te ha hecho una radiografía, Karl. Llevas veinte años sin ir al *water*... Precisamente yo puedo decirlo porque te llevo tratando veinte años sin ningún resultado... A mí no puedes engañarme. Conozco tu intestino como la palma de la mano.

(KARL, intentando sobreponerse, se desabrocha ligeramente el cuello de la camisa, mira a su alrededor, intentando contener su creciente repugnancia, medio mareado.)

¿Te encuentras bien?

(KARL sacude la cabeza.)

KARL.- Enséñame esa carta ahora mismo.

VOGEL.- No. **(Pausa.)** Es la voluntad de un difunto.

KARL.- Júrame que no te lo estás inventando, Vogel. Júrame que...

VOGEL.- ¿Qué quieres que te jure?

KARL.- (Tocándose la frente.) Tengo la impresión de haber estado en este lugar antes... Yo... Todo esto es muy extraño... **(Se seca el sudor.)** Me duele la cabeza... **(Vuelve a sacudir la cabeza, como si temiera estar soñando.)** No puedo aguantar este olor...

VOGEL.- (Leyendo.) «Pero lo que de verdad quiero, señor juez, es que comprenda usted mi terror... Dentro de nada voy a morir. Dentro de nada va usted a matarme. Con toda legalidad. Y yo voy a morir... Tengo miedo, señor juez. Tengo pánico... Quiero que lo sepa... Quiero que lo recuerde... Es una sensación inaguantable... Creo que tengo fiebre... ¡Ay!»

(VOGEL da un grito. Respingo de KARL, casi sin control.)

KARL.- ¿Qué es eso...!

VOGEL.- No me invento nada. Aquí pone: ¡Ay!

KARL.- (Temblando de rabia.) ¿Ay?... Pone ¡ay! ¿Verdad? **(Se lleva la mano a la entrepierna.)** Podías leerlo con menos dramatismo, ¿no?

VOGEL.- No.

KARL.- ¡Sí! ¡Claro que sí!... Me has puesto los pelos de punta... ¡Mira, hasta me he hecho pis!

VOGEL.- Y yo. Yo, también, Karl. Y no me he hecho caca porque he apretado las piernas...

(Silencio. KARL se cierra la camisa, se pone el cinturón de la gabardina.)

KARL.- Esto se acabó. Me voy.

VOGEL.- ¿Sí? **(Empuña una sierra eléctrica, la pone en marcha.)** Si das un solo paso, te juro por mi madre que te corto los cojones.

(Silencio.)

KARL.- ¿Serías capaz?

VOGEL.- Inténtalo.

(Silencio.)

KARL.- Está bien. Adelante. Pero te advierto, Vogel, que yo te conozco bien, muy bien, tan bien como tú conoces mi intestino... Si esto es una argucia..., si es un producto más de tu habitual sadismo...

VOGEL.- ¿Sí? **(Lee.)** «Pero lo peor de todo es que no sólo va a acabar conmigo, sino con todo un sistema astronómico. Estaba trabajando desde hacía muchos años en un modelo que explicase la formación de las galaxias, una teoría que nos permitiese interpretar nuestro destino en el espacio... Dónde vamos... De dónde venimos... Preguntas infinitas sin solución, distancias infinitas, espacios infinitos que nos aplastan con su oscuridad... ¿Qué ha hecho conmigo, señor juez? ¿Qué ha hecho con mi vida?... ¿Qué perversa y diabólica intuición de mal le ha hecho destruirme en un instante, tirar por tierra en un segundo el trabajo de toda una vida...? Lo tenía. Sí. La conclusión final, la respuesta, el modelo físico del universo...» **(Se le queda mirando con odio profundo.)**

KARL.- ¡Sigue!

VOGEL.- ¡Qué hijo de puta eres, Karl! **(Lee.)** «Todo en la nada... De nuevo el vacío, la Tierra vagando sola, atraída por movimientos incontrolados, sin respuesta, rotando en el silencio... Y nosotros en ella, ateridos de frío, sin pasado ni futuro, condenados a girar en la oscuridad».

KARL.- **(Intentando controlar el fino temblor de sus labios.)** ¿Quieres acabar de una vez!

(Silencio.)

¿Me has oído!

VOGEL.- ¿Te das cuenta de lo que has hecho?... ¡Qué hijo de puta eres, Karl!

(Se empiezan a oír unos pasos, casi irreales, en un pasillo cercano. Respingo de KARL.)

KARL.- ¿Qué es eso!

VOGEL.- (Leyendo, como si no hubiera escuchado nada.)
«Ya oigo pasos en el pasillo. Vienen por mí. Es el final, señor juez».

(Pasos cada vez más fuertes.)

KARL.- ¡Vogel! ¿No oyes? ¿Qué está pasando aquí? (Se toca la frente.)

VOGEL.- (Leyendo.) «Ya llaman a la puerta...»

(Se oyen unos golpes en la puerta. Respingo de KARL.)

«Ya suena la llave... Dios mío... Dios mío... Apiádate de mí».

(Se oye un gemido semejante al del principio. VOGEL se queda mirando a KARL fijamente.)

KARL.- ¡Se ha oído un gemido! ¡Se acaba de oír un gemido!

VOGEL.- Acaba de morir. Son las seis en punto. Calculó el tiempo perfectamente.

(KARL recula unos pasos, aterrorizado. VOGEL mete la carta debajo de la sábana, observa a KARL, con cierto aire sádico, se acerca a él.)

KARL.- Se han oído pasos... Se ha oído un gemido... (Mira a su alrededor.) ¿Qué es esto...?

VOGEL.- ¿Sabes lo que te mereces, Karl?

(Le da una bofetada.)

Esto es lo que te mereces. (Se dirige hacia la puerta y sale.)

KARL.- ¡Espera! ¡Vogel! (Gira sobre sí, traga saliva, se seca el sudor.) Si es una broma tuya... Si por casualidad... Si esa carta...

(Con evidente repugnancia se dirige al cadáver, levanta la sábana para coger la carta. Toma unas pinzas. La carta está a la altura de los pies. La sábana va resbalando. Debajo aparece un ser con la cara pintada de rojo, que se incorpora lentamente, apoyándose sobre los codos. KARL no se ha dado cuenta ocupado en abrir la carta con las pinzas. Extraña música.

KARL queda escuchando, atónito.)

DIGBY.- ¿Bailamos?

(KARL va girando la cabeza lentamente, mira a DIGBY, sin expresión en la cara, como muerto, inmóvil.)

¿Bailamos?

(Inmovilidad pétrea de KARL. Se restriega los ojos. DIGBY se incorpora. Es un sujeto extraño, casi esquelético, desnudo de medio cuerpo hacia arriba. Su cuerpo está pintado de blanco. Su exquisito equilibrio al andar y su morfología le dan un aire irreal, carismático.)

KARL.- (Con un hilo de voz.) ¿Quién... quién es usted?

DIGBY.- ¿Yo?

(Sigue la música, una música cerebral, casi sin tonos.)

El Diablo.

KARL.- ¿Cómo... cómo dice?

DIGBY.- El Diablo. **(Se le va acercando, a cámara lenta.)**
¿Por qué tiene miedo? No tiene nada que temer de mí. He venido a acompañarle, señor Jowialski... Necesitaba estar con usted, irle conociendo... Poco a poco.

(Le pasa la mano con delicadeza por el hombro. Hay en él algo majestuoso y atractivo, sedoso, dulce, sofisticado.)

No tema. Se lo ruego... Sólo he venido a anunciarle su muerte. **(Le sonrío con cierta ternura.)** Va usted a morir. He venido a decírselo.

(KARL le aparta con la mano, casi sin poder moverse.)

KARL.- ¿Quién es usted?

DIGBY.- Ya se lo he dicho. El Diablo.

(La música se va haciendo más fuerte. DIGBY le coge con la punta de los dedos, le va acercando, despacio, sin dejar de mirarle. Atmósfera críptica, de alucinación.)

Tenemos que ir conociéndonos... De ahora en adelante vamos a estar mucho tiempo juntos. Ya lo verá...

(KARL acerca la mano, como dudando de su existencia... Le toca los labios, despacio. DIGBY empieza a sangrar.)

KARL.- Oh...

DIGBY.- ¿Ve lo que ha hecho? Soy una persona muy sensible. Cualquier contacto con la realidad me hace mucho daño... **(Le sonríe.)** ¿No entiende nada, verdad? Sí, es posible que tenga quedarle alguna explicación..., alguna pista... Verá, si he de decirle la verdad, yo no existo. Es decir, no soy algo concreto, sino más bien un vacío, una ausencia, un hueco en la mente. Nada más. Pero también nada menos...

(Le vuelve a aproximar, muy despacio, medio temblando.)

Para usted existo. Ahora. Ahora usted me oye y me ve. Para usted estoy vivo, ahí dentro...

(DIGBY le toca la cara, con cierta ternura.)

Soy... como un concepto, una existencia virtual e inalcanzable... ¿Me va comprendiendo?... Como una presencia en su cerebro, saltando de célula en célula, nutriéndose de usted... Casi, casi como un delirio.

(Sigue girando a cámara lenta con KARL cogido del hombro.)

¿Me entiende?... Está usted sudando... Pobre...

KARL.- (Sin fuerza, como hipnotizado.) No... No le entiendo... Yo...

DIGBY.- Claro que sí... ¿Por qué no lo quiere reconocer?... Tenemos todo el tiempo necesario...

(Con una cuchilla, sin que KARL se dé cuenta, le va abriendo la chaqueta por detrás.)

Una gran ruina va a caer sobre usted, señor juez, y va a arrasarlo todo. Fatalmente. Sin opción de ninguna clase... Su cerebro va a estallar, en mil pedazos, en millones de pedazos... Y su cabeza va a quedar desierta, sin ideas, sin movimientos, sin emociones..., poblada por extraños seres sin vida... Relájase... Pronto nada de esto le va a hacer falta.

(Le agarra de los dos lados de la chaqueta y se la rompe de un tirón. KARL, como si despertara de un sueño.)

KARL.- (Rojo de ira.) ¡Estúpido! Escuche, no sé quién es usted ni qué pretende, pero de esto va a tener que responder...

DIGBY.- (Le rompe las solapas.) Su traje está apolillado. Igual que su cerebro...

KARL.- ¡Suelte! ¡Oiga!

(Le agarra del chaleco, se lo raja.)

DIGBY.- Usted conocía a Sam Hartwig...

KARL.- (Reculando.) ¡Falso! ¡Eso es una calumnia!

DIGBY.- ¿Verdad?

(Le agarra de los pantalones.)

KARL.- ¡No! ¡Eso no!

DIGBY.- Hace quince años usted pasó una temporada en un hotel. Con Leonora, su mujer...

KARL.- No sé de qué me habla... No, por favor... Va a dejarme desnudo...

(Le arranca un trozo de un pernil.)

DIGBY.- Encima de su habitación vivía un astrónomo... Su mujer salía. Usted la miraba alejarse calle abajo, oculto entre las rendijas de la ventana..., una ventana grande, lujuriosa, con los visillos violetas... ¿Lo niega?

KARL.- ¡Sí! ¡Absolutamente! Yo en la vida...

DIGBY.- De acuerdo...

(Le arranca el otro pernil.)

KARL.- **(Zafándose.)** Está usted loco. No le aguanto más... ¡Todo eso es una pura confabulación! ¡Yo no he seguido a nadie por las rendijas de la ventana! Yo... **(Va hacia la puerta, intenta abrirla. Está cerrada.)** Abra esta puerta inmediatamente... ¡Vogel!... ¡Vogel!... Oh...

DIGBY.- Tendido en la cama, como se hallaba, empezó a escuchar pasos sobre su cabeza... Se lo imaginaba ahí, justo encima suyo, andándole sobre el cerebro... Uno... dos... tres... E incomprensiblemente aquellos pasos empezaron a adquirir para usted un significado preciso...

(DIGBY le raja la ropa, llenándosela de sangre, con pasmosa facilidad, como si el traje estuviese desintegrándose.)

KARL.- Por favor..., señor..., espere un minuto... Yo le explicaré lo que quiera...

DIGBY.- Usted fue analizando cada uno de sus pasos. Al cabo de una semana, comprendía su significado... Se entendía con su mujer por pasos... ¿Lo niega?

KARL.- No.

DIGBY.- Usted observaba cómo ella aparentaba indiferencia, cómo se iba vistiendo, cómo se alejaba calle abajo para encontrarse con él, en imponentes planicies, en medio del mar..., en lo alto de la montaña... Usted la vio... desnuda... Vio cómo la colgaba con potentes cuerdas, por los pezones..., cómo la bamboleaba de una montaña a la otra entre gritos de exaltación... ¿Es cierto?

KARL.- La verdad..., yo noté que sus pezones estaban en carne viva... Es cierto que alguna vez la vi alejarse calle abajo... Pero los visillos no eran violetas... Ni la ventana era grande, sino pequeña... **(Se seca el sudor.)** Y los visillos blancos.

DIGBY.- Miente... Eran violetas...

KARL.- Estaba cansado, me dolía la cabeza. No lo recuerdo bien... Tenía horribles pesadillas por la noche...

DIGBY.- Haga un esfuerzo...

KARL.- Es cierto que logré descifrar el significado de aquellos pasos... Podían no haber ocurrido, pero ocurrían... Sonaban. En clave... Yo... reconozco que sentí un enorme placer al verle quince años después ante mí. Había descuartizado a su mujer. Un crimen terrible, afianzado por toda la evidencia de pruebas y testigos... Reconozco que fue una sorpresa. Él ni siquiera me conocía. Estaba ahí, frente a mí, indefenso... Empezaba por sus dientes, seguía por la comisura labial derecha, despacio, muy despacio... Llegaba a la oreja. La diseccionaba con cuidado. Y pasaba a la frente...

(KARL, según va hablando, va lanzando cada vez las palabras más hacia dentro, hablando consigo. Se va haciendo la luz en escena, amplia, violeta, azulada, amarilla, sin que él se percate. La mesa de disección se va corriendo con DIGBY hacia un lateral, llegando a desaparecer. Según va hablando, KARL empieza a romper los restos de la ropa que lleva. Van iluminándose los muebles, la alfombra, antes ocultos por la oscuridad. KARL, ajeno.)

Recorría cada uno de sus pliegues, circularmente. De arriba abajo. Hasta llegar a las cejas. Después trazaba una línea vertical hasta los labios... Me encantaba ver el leve temblor que agitaba su cara...

(Casa de KARL. Este mira a derecha e izquierda, LEONORA, su mujer, detrás de él, observándole. KARL la mira atónito. Busca la mesa de disección, a DIGBY, con disimulo, en la misma posición.)

LEONORA.- ¿Te pasa algo?

(Silencio. KARL la observa detenidamente.)

KARL.- No es nada.

LEONORA.- ¿Con quién hablabas?

KARL.- ¿Con quién? Con..., con nadie... Hablaba en voz alta. **(Se mira los restos del traje.)** Enseguida me cambio, querida... Perdóname un instante. No comprendo qué me ha podido pasar... Yo...

LEONORA.- ¿Para qué te quieres cambiar? Estás bien...

KARL.- ¿Bien?

(LEONORA acercándose, limpiándole superficialmente el hombro.)

LEONORA.- Unas motas de polvo...

(Le rasga un trozo de la chaqueta, como DIGBY.)

KARL.- Entiendo... De todas formas... **(Vuelve con una bata.)** Prefiero estar así en casa... Ya sabes...

LEONORA.- ¿Te pasa algo?

KARL.- ¿Qué me puede pasar?

LEONORA.- ¿Dónde fuiste esta mañana? Eran las cuatro...

KARL.- Me llamaron de la prisión. El doctor Vogel. Habían hecho la autopsia de Sam Hartwig. **(Se sirve un whisky.)**

LEONORA.- ¿Y...?

KARL.- Habían encontrado una carta de Sam Hartwig dirigida a mí.

LEONORA.- Vaya...

KARL.- Se la había tragado antes de morir.

LEONORA.- Ah... ¿Y qué te decía?

(LEONORA **coge el periódico, se sienta frente a KARL, que fuma, despacio, sin dejar de observarla.**)

KARL.- Me decía que la noche se había interrumpido bruscamente, pero que él seguía vivo camino de alguna constelación futura... Y hablaba también de la descomposición de la realidad, en planos de tiempo y espacio, como uniéndose... Uniéndose en la irrealidad, como una potencia, poblándolo todo de signos, inundándolo todo, atomizándolo. ¿Comprendes?... Hablaba de voces silenciosas, de extraños delirios.

LEONORA.- (Leyendo el periódico.) Claro... **(Pausa.)** Extraña carta, ¿verdad?...

KARL.- Dime, Leonora... ¿no has visto salir del cuarto a un ser esquelético, con la cara pintada de rojo...?

LEONORA.- No... La verdad, no sé por qué preguntas cosas tan disparatadas... **(Baja el periódico.)** ¿Y tú? **(Pausa.)** Estabas hablando solo...

KARL.- No era más que una pregunta. **(Pausa.)** Pensaba en voz alta. Hacia dentro.

(Silencio. KARL fuma, en silencio. LEONORA es un bello ejemplar, poderosa, italianizante. Movimientos amplios y seguros. Tiene algo de gran histérica, multicolor, vitalista. Sus ojos, muy pintados, y su fuerte perfil le dan un aire distinguido, imaginativo; de gran señora y gran zorrón.)

¿Dónde fuiste esta mañana?

LEONORA.- Acompañé a Katy a la escuela de aviación. ¿Sabías que estaba haciendo un curso de paracaidismo?

KARL.- No... ¿Y después?

LEONORA.- De compras. ¿Por qué lo preguntas?

KARL.- Así...

(Se empiezan a oír los pasos del vecino del piso superior, nítidos, rítmicos, potentes.)

LEONORA.- Le dedican mucho espacio en el periódico a la ejecución de Sam Hartwig.

KARL.- ¿Qué dicen?

LEONORA.- Que estaba a punto de descubrir un modelo... teórico, un sistema físico que explicaba nuestro destino en el universo... **(Pausa.)** Además es un hombre muy bello.

KARL.- ¿Viene su foto?

LEONORA.- Sí.

(Silencio.)

KARL.- Llamé a casa cuando salí de la prisión. Hoy por la mañana. Me dijeron que estabas en la peluquería. Te fui a buscar, pero no habías ido.

LEONORA.- Se me hizo tarde. Iré hoy. **(Pausa.)** ¿Sabías que tú has estado cerca de Sam Hartwig hace quince años?

KARL.- ¡No es posible!... ¿Cómo lo sabes?... Te lo estás inventando, ¿no?

LEONORA.- En unas vacaciones. Estuvimos un mes en un hotel. Él vivía encima de nosotros. Me crucé un día en la escalera con él. Lo acabo de recordar.

KARL.- Qué coincidencia... ¿Te cruzaste con él?

LEONORA.- Sí. Me dijo algo que no recuerdo... Me dijo... me dijo que me quería enseñar una cicatriz. Se bajó los pantalones. No era más que una simple cicatriz de fimosis. Debió sentir por mí una simpatía inusitada... Y después, inesperadamente, se puso a orinar por el hueco de la escalera.

(Silencio.)

De verdad. Eso hizo. No miento.

KARL.- ¿Aplaudiste?

LEONORA.- ¿Cómo lo sabes?... Sí, aplaudí. Aquello me pareció tan simpático, tan espontáneo... **(Sigue leyendo.)** Ahora que recuerdo, sí. Ha sido el portero. Antes de entrar yo. Se conoce que había bebido. Efectivamente tenía la cara colorada. Iba desnudo de medio cuerpo hacia arriba...

KARL.- ¿Por qué aplaudiste?

LEONORA.- Pues... bueno, te lo he dicho... Me encontré con él en la escalera. Había olvidado la llave y estaba esperando en el rellano, sentada en un escalón. Él subía andando. Se detuvo, miró. Yo cerré las piernas instintivamente. Él sonrió. Yo le sonreí. *Se le ven las bragas, señora*, me dijo. *Mentira*, le dije yo. *No llevo nunca bragas, caballero*. Entonces fue cuando se puso a orinar.

(Silencio.)

KARL.- Cuando yo hago pis nunca aplaudes.

LEONORA.- ¿No?... La verdad, no lo pude resistir. Sus genitales eran grandes, jugosos, espléndidos, pintados de muchos colores... Aquello más que una entrepierna, parecía una verbena... Nada de pelos rizados ni granos horribles... Su meada era potente, espumosa... Hasta la portera, medio loca, desde abajo, ponía cubos y cubos, para que no se perdiera ni una gota de aquel maravilloso orín, que hasta, decían, tenía propiedades medicinales.

(Sonrisa helada de KARL, controlada.)

KARL.- ¡No es posible, querida! Pero ¿sabes lo que estás diciendo? Deliras.

LEONORA.- Y yo, aunque tenga vergüenza en contarlo, antes de que acabara aquel río de oro, metí la cabeza entre los barrotes de la barandilla y me mojé el pelo, en medio de una euforia como hacía años que no sentía... Mira, toca, suave como la seda. Ni el mejor champú.

KARL.- Ese era entonces el tratamiento que tanto resultado te dio para la caspa, ¿verdad? **(Se ha puesto repentinamente serio.)**

LEONORA.- Si ése quisiera, podría hacer una fortuna... Y mira el cutis. Como el de una niña... Si lo hubieras visto... Se encendieron las luces. Todo el mundo sobrecogido, gritaba. Cuando acabó y se hubo metido todo aquel instrumento dentro del pantalón, le cogimos en hombros y le dimos una vuelta a la manzana.

(Silencio. Se vuelven a oír los pasos en el piso superior.)

KARL.- ¿Quién vive arriba?... No soporto el ruido de estos pasos...

LEONORA.- No lo sé. Creo que se llama Cunningham... Pero yo no oigo nada...

KARL.- ¿Le conoces? ¿Le has hablado? ¿Le has visto?... ¿No oyes? ¿Vas a...?

LEONORA.- No... No oigo nada, querido... No. No le he visto. No sé quién es.

KARL.- ¿No te has cruzado en la escalera nunca con él?... Responde.

LEONORA.- No que recuerde. **(Pausa.)** Dime, Karl, ¿no crees que deberías ir a un buen digestólogo? Ese estreñimiento tuyo... Esos vapores fecales que te suben a lo largo del tracto digestivo deben de alguna forma estar alterando el funcionamiento del cerebro...

(Silencio.)

KARL.- Dime una cosa, ¿te gusta el alpinismo, querida?

LEONORA.- ¡Qué cosas preguntas! El alpinismo... Sí... Y no... ¿Por qué?

KARL.- Por nada. Una pregunta. A la mujer de Sam Hartwig, sí. Tenía costumbre de entenderse con su amante por pasos. Habían establecido un código de señales cifradas. Él se ponía..., el amante, claro, se ponía unos zapatos de grandes tachuelas e iba comunicando sus lascivas intenciones, transmitiendo mensajes... Y él un día, él, que tenía la capacidad de los ángeles, pues comprendía las distancias, y que también tenía la capacidad diabólica de los topos, pues comprendía la oscuridad..., él..., un día...

(Se lleva la mano a la frente. LEONORA se levanta.)

¿Te vas?

LEONORA.- Sí.

(Se vuelven a oír los pasos, apenas perceptibles.)

KARL.- ¿Dónde vas?

LEONORA.- A la peluquería.

KARL.- ¿A hacerte un champú?

LEONORA.- ¿Cómo lo sabes? **(Se desnuda completamente, quedándose en ropa interior. Se pone un abrigo de pieles encima.)**

KARL.- ¿Vas así a la peluquería?

LEONORA.- ¿Y por qué no?

(Silencio.)

¿Pasa algo?

(Silencio.)

Dime.

KARL.- Claro que no.

(Silencio. LEONORA va hacia la puerta.)

Espera... ¡Espérate un instante! No quiero... Verás..., Leonora...

LEONORA.- ¿Qué?

KARL.- ¿Por qué no te quedas conmigo? Estoy muy solo, amor mío. Yo te quiero.

LEONORA.- Vengo enseguida...

(KARL se acerca.)

Sólo tardaré una eternidad...

(Silencio. KARL traga saliva, intentando mantener el control.)

Después pasaré a buscar a Katy... No tardaré... Me... me tiene preocupada...

KARL.- ¿Katy?

(La coge por la muñeca.)

¿Qué le ha pasado?

LEONORA.- Desde que han publicado la noticia del ajusticiamiento de Hartwig, nuestra hija, movida de una extraña pasión, dice que se quiere suicidar. **(Se suelta sin dificultad, mirándole a los ojos.)**

KARL.- ¿Cómo?

LEONORA.- Dice que ha nacido para la muerte. Dice que quiere morir en el aire. Me tiene preocupada... Aunque sólo debe ser una crisis de juventud... (**LEONORA ha dicho esto con absoluta frialdad, como si no conociese siquiera a KATY.**)

KARL.- Quédate... Por favor... Tenemos que hablar, tenemos que aclarar...

LEONORA.- Es tan joven... Tan inocente... (**Se vuelve antes de salir. Sale en silencio. Casi desaparece, tragada por la sombra de la puerta, como una aparición, progresivamente, inmóvil, mirándole.**)

KARL.- Leonora... ¡Leonora! (**Cara de dolor aséptico, contenido, patético. Se levanta, pasea por el cuarto, como un autómatas, se mira a un espejo que cubre una puerta interior, de cuerpo entero. Se toca la cara, se la estruja. Se golpea con los nudillos en la barbilla, despacio.**) Tampoco contigo, puerco, tendré compasión... Te pienso aplicar la ley en todo su rigor... Cuando su peso caiga sobre ti, será una satisfacción indescriptible... Que quiere morir en el aire... Katy...

(**Entre un ruido lejano de pasos, empieza a abrirse la puerta, se detiene ante la extrañeza de KARL. La abre de golpe. Detrás está KATY, inmóvil, con traje de paracaidista, como una doble imagen de él, con los mismos rasgos esquizofrénicos. Pero hay en ella algo no vendido, limpio, fresco, superado. Se miran con marcada ternura.**)

KATY.- Por más que quiero, al final, se me abre el paracaídas automáticamente. Tiro de la palanca. No lo puedo remediar...

(**KARL se la queda mirando, con absoluta extrañeza, sin comprender bien qué hacía KATY detrás del espejo.**)

KARL.- Katy..., hija... ¿dónde estabas? ¿Qué hacías ahí?

KATY.- ¡No me toques! No te acerques a mí...

KARL.- ¿Cómo?... Amor mío..., pequeña... **(Va hacia ella.)**
Mamá me ha hablado de una cosa terrible...

KATY.- ¡No! ¡No des un paso más!... Por favor... Por favor...
No quiero volver a verte... ¡No puedo volver a verte! Déjame
morir, papá. Quiero morir en el aire. Es lo mejor para todos...

**(KATY se tapa la cara con las manos. KARL va a cogerla
por el hombro, KATY se aleja.)**

KARL.- Pero... ¿Pero qué te sucede, hija? ¡Háblame! Háblale
a tu papá... **(Cara de profundo dolor de KARL. Su patetismo
se pone de manifiesto con más fuerza ante la única persona
que podría aliviarle su soledad.)**

KATY.- Pertenezco a una generación perdida, papá... No
puedo seguir viviendo urbanísticamente. Necesito morir.
Déjame, por favor...

**(KARL da vueltas a la mesa, intentando cogerla. Por fin lo
consigue. La abraza con gigantesca ternura. KATY se
separa.)**

¡No! No lo permitiré... ¡No vuelvas a tocarme en tu vida! Ni a
mí ni a ninguno de mi generación. Te odiamos... ¿Entiendes?

KARL.- ¿Que me odiáis? ¿Que tú me odias, amor mío?

KATY.- ¡Todos! Yo antes te quería, pero ahora te odio
también... Todos nosotros..., jóvenes sin remedio, deambulando
por las calles, torturados y solos, con el pelo enmarañado, en
medio de unas estructuras urbanas que nos han marginado
políticamente... Y de pronto... ¡De pronto aparece un ídolo! ¡Un
hombre capacitado, virgen, puro..., un astrónomo que nos habla
de nuestro destino cósmico..., una especie de Mesías...!

KARL.- ¡Un minuto!

KATY.- ¡No hay minutos! ¡Se acabaron los minutos!... ¡Empezábamos a tener una dimensión humana y estelar, una proyección trascendente y un infinito...! ¡Hasta un destino en este valle de lágrimas!... Y entonces llegas tú, y cuando todo está a punto de caramelo y estábamos dispuestos a dejar la grifa..., ¡zas! ¡Lo liquidas! Así, de un plumazo, sin contemplaciones... ¡Judas! Eso es lo que eres...

KARL.- ¡No! Katy, niña mía, deja que te explique... Yo no he hecho más que cumplir con mi deber...

KATY.- ¡Silencio!

(Silencio.)

¡Silencio, he dicho!... Yo, papá, te repudio.

KARL.- Amor mío..., razona, piensa...

KATY.- ¡No! Tú estás utilizando el Código Penal para acabar con los profetas todos del mundo revolucionario..., persiguiéndoles, torturándoles...

KARL.- ¡No! ¡No! Por favor...

KATY.- ¡Suéltame, masoquista! ¡Asesino!... No te sirve de nada negarlo. Viene en todos los periódicos: quieres acabar con la Poesía, la Astronomía y las Ciencias Sociales... Quieres reducirlo todo al silencio y a la esterilidad, al frío y al desamor... ¡Oh, papá! Lo dicen todos... Hasta en mi curso de paracaidismo. Ya no me dejan tirarme del avión por ser hija tuya. Me tengo que entrenar saltando desde la taza del *water*, encerrada, para que no me vean... Oh, papá, has arruinado mi vida...

KARL.- Katy, niña mía, cómprate un buen libro..., un atlas, algo razonable.

KATY.- ¡No! ¡Nada eso! ¡Se acabaron los consejos, abogaducho! ¡Satán!... Esto no es un conflicto familiar. ¡Esto es la guerra! Si condenas a un pobre astrónomo en loor de santidad, ¿qué no deberías hacer con aquéllos que viven de la miseria del proletariado..., aquéllos que por no cumplir con unas mínimas normas de seguridad social y laboral, van aniquilando uno a uno a todos los miembros del sindicalismo revolucionario, en máquinas segadoras, andamios y grúas?

(KARL queda lívido, conteniéndose.)

KARL.- ¡Basta!... ¡Basta!

KATY.- ¡Claro que no! Yo, tu hija..., tu pequeña..., yo que tanto te he amado..., yo te acuso... ¡Acuso a la Justicia del mundo civilizado, a las instituciones jurídicas, al Estado y a la Iglesia! ¡Acuso hasta a San José que el pobre no me ha hecho nada y además era carpintero! Entre todos me lo habéis quitado. Sam era mi novio.

KARL.- ¡Había matado a su mujer! La había descuartizado...

KATY.- ¡Y una mierda! ¡Eso no te lo crees ni tú! ¡Eso es una invención!

KARL.- ¡Katy, te voy a dar una bofetada! Te voy...

(Bofetada. Silencio.)

KATY.- Sam Hartwig no estaba casado, para que te enteres... Y no le gustaban las mujeres... Se había pillado los cojones con el telescopio y desde entonces no le gustaban más que los reclutas.

KARL.- ¿Qué! (Se sujeta la cabeza.) ¡No! ¡No puede ser! ¡Estaba casado!

(A KATY le empiezan a caer lágrimas.)

¡Yo... no he inventado...!

KATY.- Nunca lo pensé de ti... Me has pegado... A tu pequeña Katy... Oh...

KARL.- Perdóname, perdóname, amor mío...

KATY.- Caerá sobre ti una lluvia de fuego..., caerá sobre ti una lluvia negra de horror y miseria, penetrará por cada poro, volverá negra cada una de las células de tu cerebro... No tienes salvación, papá... Hasta yo, que tanto te he adorado, hasta yo te maldigo... Y te maldigo con mi muerte. Defenestrándome... Te estás volviendo loco..., papá.

(KATY da un grito, sale corriendo y salta por la ventana. KARL va a la ventana, fuera de sí.)

KARL.- ¡La palanca! ¡La palanca, cariño! ¡Tira de ella! ¡Katy, amor...!

(Se oye un paracaídas abrirse en el aire. KARL respira aliviado, se tapa la cara, se seca el sudor, pálido, siguiendo el lento proceso al que se encuentra sometido, despacio, muy despacio, inexorablemente. Le tiemblan las manos, se toca los ojos, la boca.)

Dios mío..., apiádate de mí... Dios mío... Dios mío...

(De pronto grandes golpes en la puerta. Sobresalto. Queda quieto. Nuevos golpes brutales. Nuevo sobresalto. Abre. Mira, no ve a nadie. Cuando va a cerrar, alguien desde fuera, impide que cierre la puerta. Entra MASNICA. Es una joven de unos veinte años, delgada, de una extraña belleza. Pelo corto, casi al cero, negrísimo. Ojos rasgados, de mirada felina. Cara pálida, de gran expresividad. Destaca su estupenda anatomía, escuetamente envuelta en ropa.)

MASNICA.- ¿Es la casa del señor Karl Jowialski?

KARL.- Sí... ¿qué desea? ¿Quién es usted? ¿A qué ha venido?

MASNICA.- Me he enterado de que estaban buscando sirvienta... Venía a ofrecerme si ustedes tuvieran la amabilidad de aceptarme. Me encantaría trabajar en esta casa.

(KARL se la queda mirando, como sometido a un curioso hipnotismo.)

KARL.- ¿No nos hemos visto antes?

MASNICA.- No creo...

(Silencio.)

KARL.- ¿Quién es usted?

MASNICA.- Mi nombre es Masnica.

(Silencio.)

KARL.- Estoy seguro de que nos hemos visto antes... En alguna parte... Esos ojos..., esa cara...

(Pausa. MASNICA le mira fijamente.)

¿Por qué quiere trabajar aquí? Precisamente aquí...

MASNICA.- Porque..., porque tengo la intuición de que voy a ser muy feliz en esta casa. La felicidad es el objetivo primordial de mi vida. Encontrarme a mí misma. (Le sonríe.) Me mira como si fuera... irreal...

(Silencio.)

¿Cree...? ¡Pero...! ¿Qué le pasa? Pone unos ojos...

KARL.- ¡Ya sé...! La he visto en sueños. Eso es. Fue una pesadilla horrible. Pero no comprendo... (Pausa.) ¿Ha servido usted antes...? ¿Cómo...?

MASNICA.- No. No he servido nunca antes.

KARL.- ¿Qué ha sido usted?

MASNICA.- Prostituta.

(Silencio.)

KARL.- ¿Por qué ha cambiado de profesión?

MASNICA.- Por vocación. De pronto el trabajo doméstico se me ha presentado como una forma de sublimación existencial, un lugar donde desarrollar mis potencialidades psicológicas.

KARL.- Yo le aconsejaría casi mejor que optara a una cátedra de Metafísica.

MASNICA.- Le aseguro que estoy dispuesta a ser una sirvienta excepcional..., dispuesta a llegar a las mayores aberraciones sexuales... Aunque ahora que pienso, sí, también yo tengo la impresión de haberle visto antes. También en sueños. Le perseguía un hombre con los ojos fuera de las órbitas, que era como su conciencia..., como un cordero pascual al que usted acabara de ejecutar. **(Pausa.)** Usted había acabado voluntariamente con lo mejor de su cerebro, lo había castigado sin piedad hasta su total anulación; y sólo quedaban las células manchadas de negro, de lluvia negra y sufrimiento, su parte enferma.

(Silencio.)

¿Cómo ha podido soñar conmigo?... ¡Ahora recuerdo! ¡Claro!

KARL.- No sé de qué me está hablando, señorita...

MASNICA.- ... Y yo, oculta en el quicio de la puerta, iba dejando caer las gotas más negras en los puntos más doloridos, apaciguándole, preparando sus articulaciones, para un eterno descanso...

KARL.- Usted delira... ¡Usted miente! ¡Usted...!

MASNICA.- Debe ya saberlo, señor. Mi cerebro tampoco funciona bien... Debe usted saber que yo también sufro mucho... Me levanto nerviosa. Y a lo largo del día, inconteniblemente, me va creciendo por dentro un alarido de rabia... Y entonces los nervios dejan paso a la angustia. **(Se empieza a desnudar.)**

KARL.- ¿Qué está haciendo? ¡Oiga!

MASNICA.- Me echo la siesta. Pero al levantarme, la angustia ya se ha transformado en ira. Me pican los pezones, duros como canicas. Me rasco pero es inútil. Tengo que colgarme con cuerdas del techo..., bambolearme en el vacío... Y entonces grito... **(Grito.)**

KARL.- ¡Silencio! ¡Llamaré a la policía! ¡La denunciaré!

(Grito de MASNICA.)

MASNICA.- ¡Me desnudo, me azoto, me clavo las uñas en la cara! ¡Soy una carga de dinamita, un cohete que va a su meta, con el percusor puesto...! Oigo la lluvia caer. Es una lluvia negra, interior, terrible... Y tengo miedo. Y acudo donde me llaman. Por eso estoy aquí, señor juez. He venido así, como usted me quería... desde lo más profundo.

(Le abraza con fuerza. Le muerde en los labios. KARL sangra abundantemente. Se tambalea, intentando contener la hemorragia, se lleva la mano a la cara, se va cubriendo de sangre, doblándose. MASNICA le agarra por detrás, le muerde en el cuello, casi irrealmente, sin hacer el menor esfuerzo, sin que KARL se queje. La luz se va haciendo más tenue. KARL queda en escena, solo, sangrando espontáneamente por diferentes puntos de su cara y cuerpo. MASNICA ha desaparecido. Se empieza a oír un leve pitido casi sin tono, interno, cerebral, conectando cada uno de los puntos sueltos, pasando por tálamo y cuerpo calloso, fimbria, rinencéfalo y corteza, un pitido intemporal, conectando diferentes niveles.)

PARTE II

Un confesionario en un rincón de la escena. Aparece KARL por un lateral, perfectamente vestido, con el pelo planchado, pero con excesiva brillantina. Su andar es reconcentrado. Ya la inexpresividad de su cara es notoria; alguna mueca de dolor aséptico. Se arrodilla.

KARL.- Padre..., me voy hundiendo en el vacío. Todo lo que toco se destruye, todo me hace daño, todo se vuelve en contra mía.

(Silencio.)

Mi vida se ha convertido en un infierno. Llevo días sin dormir. Me persigue un hombre en sueños con los ojos fuera de las órbitas. Le veo por todas partes. Parece que le siento dentro de mí observándome, como si fuera yo mismo quien me observara, desde dentro de mis ojos... Acuden personajes, me hablan sin voz, sin sonido...

(Silencio.)

Tengo la impresión de que algo terrible me va a suceder. Tengo la certeza de un desastre inminente, como un alud gigantesco que fuera a caer sobre mí... Hablo, pero fuera de mí, solo, en monólogo.

(Silencio.)

He condenado a muerte a un hombre. A la silla eléctrica. Y ahora, cuando hago memoria, creo que me he inventado todo el proceso. Parece como si el juicio se hubiera realizado dentro de mí, a puerta cerrada..., como si hubiese sido yo mismo quien me juzgase y me hubiese condenado a muerte... Todo es confuso...

La realidad ha explotado. No sé lo que es verdad y lo que es mentira... Hablo con la gente y a veces creo que no existen... Que se hallan en algún punto lejano, observándome, como sombras. Como partes mías...

(Silencio.)

Como órganos míos, como gritos míos sonando dentro... Además, mi hija se tiene que entrenar en el *water* porque en el curso de paracaidismo no la dejan saltar del avión por ser hija mía.

(DIGBY se inclina hacia delante. Se le ve la cara. Es él quien se halla en el confesionario.)

DIGBY.- ¿Estás seguro de que es hija tuya? ¿Te has casado? ¡Piénsalo!

KARL.- Creo que sí... Estoy seguro. Sí. ¡Tengo certeza! ¡Pero...!

DIGBY.- ¿Estás seguro de que tienes una hija? Haz memoria... Recuerda...

KARL.- No comprendo por qué me pregunta eso, padre... ¡Claro que sí...!

DIGBY.- ¿Estás seguro de que yo soy tu padre? ¿No será todo una ficción?

(Silencio.)

Dime, ¿por qué no te acercas al Hospital más cercano y le cuentas todo esto al médico de guardia?

KARL.- ¿Se está riendo de mí, padre?... Yo soy creyente. Creo de una forma radical y disciplinada... Yo he venido a implorar su ayuda. Necesito que alguien...

DIGBY.- **(Sin dejarle seguir.)** ¿Te masturbas?

KARL.- ¿A qué viene eso ahora?

DIGBY.- ¿Sí o no? Responde...

KARL.- No.

DIGBY.- ¿A qué has venido aquí, a implorar ayuda o a mentir?

KARL.- Bueno... alguna vez en vacaciones... Pero eso no tiene que ver...

DIGBY.- ¿No sabes que eso reblandece la médula?

KARL.- Venga, déjese de cuentos, padre... Está usted hablando con un juez. ¡Si eso reblandeciese la médula, yo ya la tendría como yogur!

DIGBY.- ¿Con qué mano lo haces? ¡Rápido! ¡No lo pienses dos veces!

KARL.- Oiga..., he venido aquí... sangrando de dolor... ¡muriéndome...!

DIGBY.- Lo sé. Respóndeme... ¡No lo pienses más! ¿Con una o con dos!

KARL.- Con las dos..

DIGBY.- Con las dos, ¿verdad? Te diré la verdad, tu caso es insólito, hijo, no sé si voy a poder ayudarte. Habitualmente los creyentes se masturban sólo con una, con la que escriben. Es el primer caso en toda mi carrera... ¿Y en el baño, te abandonas a tocamientos?

KARL.- ¡Me está empezando a cansar...! **(Se lleva las manos a los oídos.)**

DIGBY.- ¿Sí o no? Verdad no hay más que una... ¡Rápido! ¡Responde!

KARL.- ¡A veces! ¿Y qué!... ¿Qué pretende! ¿Qué quiere de mí!... Oh...

DIGBY.- Por lo que veo te pasas el día entero tocándote, cochino...

KARL.- Padre, necesito ayuda... ¡Tiene que comprenderme! ¡Tiene que escucharme...! Se lo suplico... Me estalla la cabeza... ¡No puedo más...!

DIGBY.- ¿Ayuda? A ti lo que te hace falta es una penitencia ejemplar...

KARL.- Estoy dispuesto a todo. Estoy dispuesto a expiar mi culpa..., mi suciedad, mi mezquindad... Sabré aceptar el dolor...

DIGBY.- Pega la frente al confesionario, hijo. Voy a decirte una cosa al oído. Verás cómo te consuela...

(KARL se acerca. Puñetazo de DIGBY.)

KARL.- ¡Oh!

(KARL empieza a sangrar por la nariz. Sale DIGBY, le entrega un periódico.)

DIGBY.- A ver si la próxima vez te fijas mejor, estúpido... Has condenado a un inocente... Lee. Al enterarse de la ejecución de Sam Hartwig, un enfermo que se encontraba en un hospital con un cáncer de pulmón inoperable, se ha declarado autor del crimen que le imputaban a Sam Hartwig...

(Cara de pánico de KARL, leyendo.)

¿Ves a qué conduce el pecado? ¿Lo ves?... ¿Ves a qué conduce el baño, las vacaciones y el ambidextrismo?

KARL.- Dios mío...

DIGBY.- (Poniéndole la mano en la frente.) La vida es un horror, hijo. Te lo digo yo que vivo en el dolor eterno... Por eso te comprendo y me apiado de ti... Lo siento, hijo... Debes tener paciencia. Ya queda menos. La vida fluye. Todo se va haciendo irrealidad. Desaparecen los ojos, la cara... se sueltan trozos de cerebro... Así...

KARL.- Dios mío...

(DIGBY le acaricia la cabeza, con evidente ternura, electrizado por el sufrimiento sin salida de KARL. A éste se le caen los brazos a lo largo del cuerpo, cierra los ojos, casi sin sentido. Se desploma inconsciente. DIGBY se le queda mirando, le sigue acariciando, en el suelo; le coge en brazos, se dirige hacia un lateral, despacio, mientras la luz se va haciendo sobre VOGEL y LEONORA, en la casa de KARL.)

LEONORA.- Le agradezco mucho que haya venido, doctor... No me habla. No responde. Se encerró en el cuarto de baño. No quería abrir a nadie. Oímos un golpe. Forzamos la puerta. Estaba sentado en la bañera, sin una sola mueca de dolor. Había roto el espejo y con un cristal se había cortado la frente y un ojo. Cada día aparece con una nueva herida... Se ha cortado el pelo al cero.

(Silencio.)

VOGEL.- Vaya... Una esquizofrenia quizás. Desaparecen los ojos..., la cara. (Se quita el sombrero. También tiene el pelo cortado al cero y una herida en la frente.) Qué contrariedad. Pobre Karl. Debe estar sufriendo mucho.

LEONORA.- Aunque por lo que veo no es el único... ¿Y esas heridas? (Pausa.)

VOGEL.- Ahora, señora, va usted a intentar concentrarse y contármelo todo. Conozco muy bien a Karl. Casi tan bien como a mí; necesito saberlo todo. Como puede imaginarse, ahora, su vida corre peligro. Tiene que hablar. Es un deber moral. Una obligación.

LEONORA.- ¿Y qué quiere saber?

VOGEL.- Todo. ¡Del principio al final! Todo.

LEONORA.- ¿Por ejemplo...?

(Silencio. VOGEL mira a LEONORA como si estuviese ante un acusado.)

VOGEL.- Todo. Lo dice la palabra. Todo. No sé qué más puedo decirle...

(Silencio.)

LEONORA.- No tengo nada que contar... No sé a qué se refiere... ¿Qué insinúa?

VOGEL.- El otro día iba paseando por el campo...

LEONORA.- Ah... Ya entiendo. Volvemos a lo mismo...

VOGEL.- Muy lejos de aquí. En las montañas. Yo iba con Leocadia, mi mujer. Se parece bastante a usted, por cierto... Ibamos saltando de piedra en piedra, que es lo que solemos hacer cuando vamos al campo...

LEONORA.- Como cabras... ¿Sabe que se parece usted mucho a Karl? ¿Eh?

VOGEL.- Precisamente. Como cabras. La tarde estaba alta y cargada de electricidad..., negra, tormentosa, dañina, una tarde sádica...

LEONORA.- Por favor...

(VOGEL sonríe.)

¡No lo puedo aguantar! Esta persecución.

VOGEL.- Entonces, a base de saltos y saltos, nos fuimos alejando del campo habitual, llegamos a riscos altos y a parajes desconocidos. Todo invitaba al amor. Los mosquitos, las amapolas, el sonido del silencio..., la voz misma del campo que era la nuestra..., la suya.

LEONORA.- Es la primera vez que oigo que los mosquitos inviten al amor. Sabía lo del paludismo, pero... esto me parece ridículo. ¡Acabe!

VOGEL.- Usted estaba ahí, desnuda, moviendo los pechos al aire, con las manos fuertemente tensas sobre los pezones, loca de contenta.

LEONORA.- Estoy operada, doctor... De los dos. No es posible... ¡No tengo!

VOGEL.- Y a su lado había un hombre, también desnudo, subido a un árbol, con los genitales pintados de diversos colores... ¿Lo ve? ¡Miente!

LEONORA.- Algún alpinista eufórico. Qué puedo decirle yo... Alguien...

VOGEL.- Yo oí cómo usted, señora, gritaba de alegría, incapaz de contener su exaltación erótica, con flores en los sobacos y en las clavículas, canturreando como si no fuera la cosa con usted... Me acerqué entre las jaras, arrastrándome, oí cómo le susurró por bajo, a escondidillas: «Querido, ¿qué tal si me hicieras un champú?»

LEONORA.- Por favor, doctor, ¿quién puede creerse eso? Usted fabula... Usted...

VOGEL.- ¿Lo niega? ¡Responda! ¡Rápido! ¡No lo piense dos veces! ¿Lo niega!

(Silencio.)

LEONORA.- Es cierto que estaba allí, en la montaña, dedicada al alpinismo, mi deporte favorito, pero no estaba ni tan lejos ni tan desnuda...

VOGEL.- ¿Y él?

LEONORA.- Un amigo. Un conocido del deporte. Y no tiene costumbre de pintarse los genitales de colores.

VOGEL.- ¿Cómo lo sabe? **(Sonríe.)** ¿Lo ve? ¿Lo ve! ¡Miente! ¡Ahora no hay duda!

(Silencio.)

Y además, todo va a figurar en el sumario. Todo...

LEONORA.- Doctor...

VOGEL.- ¿Qué?

(Silencio.)

LEONORA.- Debo confesarle algo. **(Pausa.)** Soy nudista. Y él también. No debe interpretar mal lo que es un simple condicionamiento urbano.

VOGEL.- Estoy hasta las narices de esa palabra, ¿me oye, señora?

LEONORA.- Claro que sí... Pero si metí la coronilla debajo de su chorro de orín, no fue por lujuria, sino por el cutis... Se lo juro. No sabe cómo le sienta a la epidermis el amoníaco.

VOGEL.- Sobre todo si es el de un amante... ¿No es eso?... Escuché perfectamente cómo bendecía a las órbitas de los cielos... ¡Cómo clamaba a Plutón y a Marte, a las galaxias y hasta a San José carpintero!

LEONORA.- Pero bueno, ¿qué le ha hecho a usted San José? No se lo quita de la boca.

VOGEL.- Leocadia estaba escandalizada... ¡Hasta *polla mía*, le dijo usted! ¡*Que el cielo te conserve tu santa fimosis, astrónomo de mis entrañas! ¡Copérnico mío!*

LEONORA.- Son cosas que se dicen entre los aficionados a la montaña... La altura, el oxígeno, el bucolismo... No debe interpretarlo mal...

VOGEL.- ¿También es costumbre escalar las altas cumbres desnudos, encordados por los pezones, y bambolearse de montaña en montaña entre gritos de júbilo?

(Silencio.)

LEONORA.- No. Eso, no.

(Silencio.)

VOGEL.- Una pregunta, ¿cómo es posible encordar a alguien por los pezones? Llevo años preguntándomelo.

LEONORA.- No es fácil, no crea. Hace falta mucho amor... Y se ponen como canicas.

(Silencio.)

VOGEL.- ¿Le quiere? ¿Quiere a su marido!... ¿Eh? ¿Por qué le intenta torturar!

(Silencio.)

¿Le hice una pregunta?

(Silencio.)

LEONORA.- ¿Se la puedo contestar otro día?... Dentro de diez años... ¿O puedo no contestársela? Se me ha clavado una espina en la garganta...

(Silencio.)

VOGEL.- **(Lívido, con un fino temblor en los labios.)**
¡Tiene que contestarla! ¡Ahora! ¡Inmediatamente! No admite dilación.

LEONORA.- No. No le quiero. Nada. Absolutamente nada.

VOGEL.- Oh... ¿No?... ¿Nada? ¿No le quiere... nada? **(Traga saliva.)** Dios mío...

LEONORA.- Cuando le conocí había algo en él que me atraía. No sé bien lo que era, pero me enamoré. **(Pausa.)** Pasamos unos cuantos años bien. Y después, inexplicablemente, él empezó a envejecer. Se volvió triste, aburrido, disciplinado... Primero empezó a ir mal de vientre. Pasaba días sin evacuar. Después, meses. Hasta lustros... Al final, lo único que le aliviaba era hacerme caca en la tripa. **(Pausa.)** Cada cinco años, una vez. **(Pausa.)** Esas eran mis relaciones sexuales.

VOGEL.- ¿Y qué quería? ¿Eh?... ¡Respóndame! ¿Pollo todas las noches? ¿Eh? ¿Qué se pintara los genitales de rojo?... ¿Que la meara en la cabeza? ¿Es eso lo que usted llama una vida sexual sana

LEONORA.- **(Como si no estuviese hablando con él.)** Nuestras personalidades se fueron haciendo antagónicas, irreconciliables. Un sordo aburrimiento fue cayendo sobre nuestras vidas... Todo lo que tocábamos cuando estábamos juntos, se volvía negro...

VOGEL.- ¡Falso! ¡Eso es falso!

LEONORA.- Los cubiertos, el mantel, las sábanas, hasta la ropa interior... Una densa nube negra seguía nuestros pasos, dejaba caer gotas negras sobre nuestras cabezas, ahogaba la esperanza y oscurecía la luz... Y yo empecé a soñar...

VOGEL.- **(Con mímica semejante a la de KARL, esporádicamente.)** A soñar... ¡A soñar! Se dice bien pronto... ¡Esto es intolerable!

LEONORA.- Empecé a mirar a las estrellas, me hice aliada de la noche y de las distancias.

(Silencio. VOGEL se detiene, mira a LEONORA fijamente.)

Parecía que, de alguna manera, los espacios insondables de la noche, me protegían del horror en el que me veía sumida... Yo no estaba muerta... ¡Estaba viva! ¡Quería amar! ¡Vivir! ¡Soñar!...

VOGEL.- ¿Con qué soñaba? ¡Rápido!

LEONORA.- Yo no quería que nadie me hiciera nunca más caca en la tripa... ¡No! ¡Quería que me amasen! ¡Necesitaba salvarme! ¡A toda costa! Quería... **(Empieza a llorar con profundo desconsuelo.)**

VOGEL.- ¿Qué...?

LEONORA.- Enamorarme... Existir. De alguna forma, dejar de ser un espectro...

(VOGEL la observa llorar. Cierra los ojos, intentando contener las lágrimas. Se empiezan a oír pasos en el piso superior. Respingo de VOGEL, que mira hacia arriba, escuchando con atención. Cesan bruscamente los pasos.)

VOGEL.- ¿Y entonces...?

(Silencio.)

Quiero saberlo todo. ¿Me oye!

(La coge del hombro con fuerza. LEONORA se incorpora y le abofetea brutalmente.)

LEONORA.- ¿Otra vez! ¿Cuántas veces tengo que contárselo! ¡Llevamos quince años con la misma conversación, día a día, sin parar!... ¡No lo soporto más, ¿me entiende?... ¡Yo también voy a volverme loca! Yo...

(VOGEL se deja caer sobre un sillón, observando a LEONORA.)

VOGEL.- La última vez, por favor... Nunca más volveré a hablarle de ello.

LEONORA.- (Tras un silencio.) Era un mes de agosto. Estábamos en un hotel en vacaciones... Un día, estaba sentada en la escalera, con las piernas medio abiertas... Hacía mucho calor... **(Con voz monorrítmica, interna.)** Él subía... Yo cerré las piernas, inconscientemente... No llevaba ropa interior... Yo... **(Pausa.)** *Es inútil*, me dijo. *Ya es tarde. Me he percatado del mínimo detalle... Pese a quien pese..., en contra de las fuerzas todas del universo, seremos el uno para el otro, en silencio... Vengo a salvarla...* **(Pausa.)** Entonces, me subió encima de sus hombros, se subió a la barandilla y saltó al vacío. Cuál no sería mi sorpresa cuando a mitad de caída, abrió las alas... Era un hombre maravilloso, alto, fuerte, bueno..., inteligente, simpático, con un par de testículos como sandías, uno pintado de verde, y el otro de rojo..., alternativamente... Y el telescopio... menudo era... **(Mira a VOGEL.)** Es inútil que lo niegue. Lo recuerda bien. Un cañón antiaéreo... Un barco... ¡Dos hermanos juntos unidos por la cabeza...! Desde luego, doctor, ¡no era impotente, como usted! ¡Como él!

(Sale. Portazo. VOGEL permanece inmóvil. Se abre la puerta de un armario, aparece KARL con la cabeza vendada, y un ojo tapado. Se sienta frente a VOGEL.)

KARL.- Hola...

VOGEL.- Hola... ¿Cómo te encuentras?

KARL.- Mal. Muy mal.

(Silencio.)

VOGEL.- Te encuentro más delgado...

KARL.- Estoy mucho más delgado.

VOGEL.- Te veo peor cara...

KARL.- Mucho peor. Creo que me estoy volviendo loco... Pido auxilio y nadie me ayuda.

(Silencio.)

VOGEL.- No es que te estés volviendo loco, es que estás loco de remate. Y además, te voy a decir una cosa: tienes cara de cabrón. **(Pausa.)** ¿Te lo han dicho alguna vez?

KARL.- Muchas.

(Silencio.)

¿A eso has venido? ¿Son ésas tus consultas?

VOGEL.- ¿Y qué quieres? ¿Aspirina?

KARL.- ¿Qué tiempo me llevas tratando?

VOGEL.- Veinte años por lo menos...

KARL.- Y la verdad es que no he mejorado nada.

VOGEL.- Al contrario... Estás mucho peor que cuando yo te vi por primera vez. Antes ibas al *water* cada dos o tres años... Ahora te pasas hasta decenios sin sentarte... No dirás que eso es un éxito terapéutico, supongo... Y si te digo la verdad, al no verte mejorar, casi disfruto... Como sabes, yo también soy estreñido. Al verte inundarte paulatinamente de excrementos, parece que fuese yo mismo el que se fuese inundando, castigándome en mi propio recto, recreándome en mis heces. **(Pausa.)** Reconozco que es una postura algo sádico-masoquista... Pero qué le vamos a hacer. A todos los cabrones nos gusta sufrir.

(Silencio.)

KARL.- Ya podías tratarme con algo...

VOGEL.- ¿Yo? Yo no trato, hombre...

KARL.- Aunque sólo fuera un jarabe para la tos... Alguna vitamina...

VOGEL.- ¡Nada! No hay tratamientos... Ni aunque me lo pidas de rodillas... ¿Me recetas tú a mí?

KARL.- ¿Yo...?

VOGEL.- Entonces... ¡O te crees que soy un ambulatorio?

(Silencio. Cada vez es más aparente la semejanza en la mímica de los dos.)

KARL.- ¿Porqué me odias? Dime... ¿Por qué hace veinte años que me vas persiguiendo, de noche, de día, en mis excrementos? ¿Por qué no me dejas un momento de felicidad..., disfrutar de algo...? **(Se tapa la cara con las manos.)**

VOGEL.- ¿Me dejas tú a mí?... ¿Tú qué te has creído que es un médico? Una madre...

KARL.- Qué sadismo el tuyo...

VOGEL.- ¿Verdad?... Te duele la cabeza, ¿eh?

KARL.- Mucho. Muchísimo...

VOGEL.- A mí me estalla... Si vieras..., a veces es tan fuerte el dolor que las cosas me dan vueltas, pierdo la noción del tiempo, me encuentro suspendido en el vacío, sin ojos, sin pies, sin manos, sin cara..., nadando entre una realidad confusa, descompuesta en niveles que se entrecruzan y descomponen a medida que se forman... El pasado se hace futuro y el futuro presente... Me veo actuar, moverme, gritar entre gente que aparece y desaparece según les voy nombrando, inmóvil en el espacio, sin poder tomar decisión alguna, porque nada más iniciada, llegas tú y la aniquilas.

(Silencio.)

¿Has estado escuchando?

KARL.- Algo... No todo... Casi nada. Prácticamente nada.
(Pausa.) Creo que nada.

VOGEL.- ¿Sabes lo que te pasa? Escuchas pero no quieres oír... No quieres oírte.

KARL.- Te lo aseguro... No... no he conseguido... comprender lo que decíais.

VOGEL.- ¿Quieres que te lo diga?

(Silencio.)

¿Me has oído?

(KARL traga saliva, aprieta la boca con fuerza.)

KARL.- Sí.

VOGEL.- ¿Es cierto que le haces caca en la tripa?

(Silencio.)

KARL.- Eso es una calumnia.

VOGEL.- ¿Es cierto que eres impotente? ¿Como yo?

KARL.- Otra calumnia.

VOGEL.- ¿Es cierto que eres homosexual? ¿Como yo? Ahora que lo pienso..., sí...

KARL.- ¿Eso ha dicho?

VOGEL.- Eso ha dicho. Homosexual y estéril... Que por tener una hija hubiera dado todo el oro del mundo.

(Silencio.)

¿Quién es Leonora?

KARL.- Delira. Leonora delira... Es mi mujer. No me la he inventado...

(Silencio.)

VOGEL.- ¿No? ¿Es eso todo lo que tienes que decir?... A mí no puedes engañarme...

KARL.- Eso es todo. No quiero engañarte. No lo pretendo... Estoy... malo...

VOGEL.- ¿Y si fueras homosexual, te castigarías por ello? Es una pregunta...

KARL.- Podrías auscultarme en vez de preguntar tonterías...

VOGEL.- Qué gracia me haces... **(Pausa.)** ¿Serías capaz de pintarte los cojones de colores?... ¿Serías capaz de operarte de fimosis?... ¿Serías capaz de mear por la escalera y de hacer alpinismo? Responde.

KARL.- Me duele la cabeza... Estoy enfermo... Tengo náuseas... Déjame en paz. Vete... No soy homosexual. Eso es todo lo que tengo que decir.

VOGEL.- ¿De qué tienes miedo, Karl? ¿Por qué no respondes? Dime... ¿de verdad estás casado?... ¿Ha muerto Sam Hartwig? ¿Quién es Sam Hartwig?... ¿Y tú? ¿Tú quién eres? ¿Qué te pasa por dentro, Karl? ¿Deliras acaso?... ¿Por qué te has sacado un ojo con un cristal? ¿Por qué permaneces ahí, en la misma posición, parado por dentro...? Sin vida, sin moléculas, sin vísceras ni esperanza, descomponiéndote, encerrando tantos secretos, tantas traiciones en los puntos más oscuros del cerebro..., dejándolos crecer por dentro..., devorándote.

KARL.- (Gritando.) ¡Veteeee! ¡Fuera de aquí! ¡No quiero verteeee!

(Silencio. VOGEL le sigue mirando.)

VOGEL.- Sería estupendo... Pero si yo me voy, quién te va a tratar... ¿Tú? ¿Tú sólo? ¿Sabes qué pienso? Que nos estamos desintegrando. Todos.

(Silencio.)

¿No te hace gracia? **(Sonríe.)** A mí me entusiasma...

KARL.- Dios mío... **(Arcadas.)** Apiádate de mí... **(Pausa.)** Déjame, por favor. No me martirices más... Te vuelvo a repetir que no soy homosexual...

VOGEL.- ¿Sabes que has condenado a un inocente? ¿No te apena ser impotente?

KARL.- Lo sé, lo sé... Vete, por favor. No puedo más... No soy impotente...

VOGEL.- Viene en todos los periódicos... Eres una vergüenza pública, Karl. Se han levantado oleadas de protestas urbanas..., urbanísticamente...

KARL.- Otra vez... Esa misma palabra... ¡Veteeee!

VOGEL.- Hablan de anular el Código Civil, las instituciones jurídicas, la abogacía, el Parnaso, el arte... Todo... No te llaman criminal de guerra de puro milagro... Pero sí eres un enemigo público. No te atrevas a salir a la calle. Te matarían.

KARL.- Oh... **(Nuevas arcadas. Se tapa los oídos.)** ¡Callaaaa!

(Grita. Se empiezan a oír los pasos en el piso superior. KARL levanta la cabeza. Escuchan los dos. Los pasos cesan bruscamente. Silencio. Nuevo grito de KARL. De pronto en el piso superior se empieza a oír ruido potente de orgasmo femenino. Escuchan.)

Qué vergüenza... Qué desastre... Qué horror...

(Ante la fría mirada de VOGEL, KARL se tapa la cara con las manos, se va clavando las uñas, incluso por debajo del vendaje. Se va llenando el vendaje y la cara de sangre. Se clava las uñas con mayor fuerza, hiriéndose los ojos y mejillas, con un sordo gemido, entre dolor y satisfacción. Fin del orgasmo. Silencio. VOGEL se empieza también a cubrir de sangre, como KARL.)

VOGEL.- ¿Ves cómo te has puesto? Por una vez, y sin que sirva de precedente, voy a curarte. Tu aspecto es indecente. Impropio de un juez.

(Le desenreda la venda que le cubre la cabeza. Le empieza a vendar de nuevo, pero va utilizando el vendaje para sujetarle a la silla, para atarle manos, tórax y pies, dejando al descubierto las heridas de su cara, sangrantes, su pelo cortado al cero, su cara fosilizada, de esquizofrénico.

Cuando ha terminado de atarle fuertemente, se limpia las manos llenas de sangre.)

No es un vendaje de antología, pero verás como es eficaz. Te sentirás mejor. Ya verás...

KARL.- No... Eso no...

VOGEL.- Créeme...

KARL.- ¡No! ¡No!

VOGEL.- Créeme... Es un vendaje especial. Relaja las arterias y la pleura. E incrementa el flujo del riñón. Al principio te parecerá que estás en la silla eléctrica, pero después sentirás alivio. Ya verás...

KARL.- ¡No...! ¡Vogel! ¡No...!

(Sale VOGEL. KARL intenta liberarse, sin conseguirlo. Empieza a sudar, inmóvil, con un foco sobre la cabeza. Se vuelven a oír ruidos de orgasmo femenino en el piso superior. Gritos desesperados de KARL, intentando soltarse, pidiendo socorro. Entra MASNICA, limpiándose la cara, cubierta de sangre, como KARL.)

MASNICA.- ¿Me llamaba el señor?... ¿Ve cómo me ha puesto?

KARL.- ¡Suélteme! ¡Por favor...!

MASNICA.- ¿Que le suelte? ¿De dónde?

KARL.- ¡Las vendas! ¡Rómpalas!

MASNICA.- ¿De qué vendas habla el señor? ¿Se ha tomado el té que le traje?

KARL.- (Gritando.) ¡Suélteme! ¡Socorroooo...!

MASNICA.- No entiendo qué me dice, señor... ¿Por qué no se tranquiliza?

(Principio de un orgasmo masculino en el piso superior.)

KARL.- ¿Y mi señora? ¿Dónde está?

MASNICA.- Ha salido, señor. Dijo que iba a la peluquería, a hacerse un champú... Ya sabe... Un buen champú. De verdad.

KARL.- Oh...

MASNICA.- ... Y también a quitarse las espinillas. Dijo que había salido un líquido nuevo...

KARL.- ¡Y un cuerno! ¡Mentira! Estoy rodeado de mentirosos... ¡Es orín!

MASNICA.- ¿Perdón?

KARL.- ¿Y qué más dijo?

MASNICA.- Que después iría de escaparates. Que necesitaba unas cuerdas para hacer alpinismo el próximo domingo..., que le dolían mucho los pezones y el culo, que los tenía en carne viva y se iba a comprar un piolet...

(Sale MASNICA. KARL empieza a sonreír, lentamente. Empieza a temblar, y termina riendo. LEONORA ha entrado, con las mejillas coloradas, y le observa por detrás.)

LEONORA.- Hola...

(Respingo de KARL que se levanta del asiento sin ninguna dificultad. Se le ha helado la sonrisa.)

KARL.- Hola... ¿Qué tal?

LEONORA.- Estupendamente. (Se estira, se deja caer en un sillón.) Me encuentro de maravilla..., relajada..., tranquila..., descansada... Parece que... parece que acabara de levantarme...

KARL.- (Sonriendo.) ¿Y eso?

LEONORA.- No sé... Todo va tan bien... Hace un tiempo tan tonificante... Estoy deseando que llegue el domingo para irme a escalar...

KARL.- Le has cogido mucha afición al piolet últimamente...

LEONORA.- ¿Al piolet? Si vamos en cordada.

KARL.- ¿De cuántos?

LEONORA.- De a dos.

KARL.- Podrías llevarme un día...

LEONORA.- No... No te gustaría... Es muy peligroso... A veces hay que bambolearse de montaña a montaña, colgada.

KARL.- ¿De dónde os colgáis?

LEONORA.- Qué pregunta más tonta...

KARL.- A veces el lunes por la mañana he observado que tienes los pezones en carne viva...

LEONORA.- Será del frío...

KARL.- Y te están creciendo. ¿Lo has notado? Se te están poniendo como percebes de grandes.

(Suena el teléfono. KARL lo coge rápidamente.)

¿Quién?... ¡Responda! ¿Quién es? (Cuelga.)

LEONORA.- ¿Quién era?

KARL.- Nadie. Como siempre que yo lo cojo. (Se acerca a LEONORA.) ¿Y ahora de dónde vienes?

LEONORA.- De la peluquería.

KARL.- Te pasas más tiempo en la peluquería que en casa... ¿Te han hecho un champú?

LEONORA.- ¿Cómo lo sabes?

KARL.- Por el olor... Y supongo que te habrán tratado las espinillas...

LEONORA.- Pero..., esto es cosa de brujería... ¿Cómo...?

(Tremenda bofetada que tira a LEONORA al suelo.)

KARL.- ¡Se acabó el champú! ¡Se acabó la peluquería! ¡El campo, las cascadas y el piolet! ¡Todo! ¡Se acabó todo!

(Nueva bofetada que arranca la peluca que lleva LEONORA. Curiosamente ésta tiene el pelo cortado al cero y cicatrices, como KARL.)

LEONORA.- Pero...

KARL.- ¿Crees que soy idiota? ¿Crees que no sé con qué clase de champú te tratas el cabello?

LEONORA.- Pero... Estás loco... ¿Con cuál?

KARL.- ¡Con las meadas del vecino de arriba! ¡Zorra!

(Nuevo golpe. LEONORA empieza a sangrar por la boca. Destaca sin peluca su parecido a KARL.)

LEONORA.- Pero cómo se te ha podido ocurrir...

KARL.- ¡Silencio! ¡Lo sé todo! ¡Conozco perfectamente las propiedades terapéuticas de su orín y las espléndidas e insondables aplicaciones al campo de la dermatología! Lo sé... Pero se acabó. Pero se acabó... Y no soy homosexual como dicen por ahí... Ni impotente. ¡Claro que no! ¡Y si no me pinto los testículos de colores es porque lo encuentro sencillamente ridículo!

LEONORA.- Yo... Querido... Yo... No entiendo... **(Empieza a reír, sin entender una palabra; carcajadas estruendosas.)**

KARL.- ¡No te rías! ¡Silencio! **(Levanta la mano.)** Soy capaz de matarte, pecadora..., adúltera..., ¡zorra!

(Carcajada de LEONORA.)

Dime, ¿le has vuelto a ver?

LEONORA.- ¿De qué hablas? ¿A quién?

KARL.- **(Señalando hacia arriba.)** ¡A él! ¡A Cunningham!

LEONORA.- No... Pobre de mí...

KARL.- ¡Sí! ¡Claro que sí le has vuelto a ver!... Yo oí cómo te levantabas ¡Cómo salías de noche al rellano de la escalera!... Yo te estaba observando desde detrás de los visillos... ¿Hablaste con él?

LEONORA.- Había oído un ruido. No podía dormir. Abrí la puerta y miré. Él... estaba allí... a las tres de la mañana... con los ojos inyectados en sangre... Yo estaba medio desnuda... No podía pensar que...

KARL.- ¿Qué...?

LEONORA.- Me dijo que me amaba..., que no encontraba la llave de su piso, que se le había caído... Me pidió por favor que le ayudara a buscarla. Yo me agaché... Yo no pensaba que... Entonces, por detrás..., bueno... Cuando me quise dar cuenta, era ya demasiado tarde... Hacía frío... ¿Qué podía hacer?

KARL.- ¿Qué le dijiste? ¡Todo! ¡Quiero saberlo todo! Te oí hablar...

LEONORA.- Pues... le dije... Bueno, caballero, ya que está usted ahí, quédese un rato más... ¿Qué podía decirle? Me tenía sujeta por la pelvis..., por detrás..., sin parar de moverse... **(Imita los movimientos coitales.)** Además era contra natura. No es pecado...

KARL.- Oh...

(Se vuelve a abrir la puerta del espejo, despacio, silenciosamente. Aparece KATY, como iluminada, casi irreal.)

LEONORA.- Además se portó como un caballero... Cuando hubo terminado, me dio cinco mil pesetas en metálico... No podía rechazarlas... A esas horas de la madrugada... Debes comprenderlo...

(Grito de KATY. LEONORA no se vuelve, como si no la viese.)

KARL.- ¡Tápate los oídos! ¡Katy, hija! No escuches...

(Nuevo grito de KATY.)

LEONORA.- Pero ahora, querido, vas a hacer lo que yo te diga... Tienes que empezar a pensar en la necesidad de ser visto por un buen especialista..., alguna clínica especializada, un buen centro donde te puedan atender convenientemente...

(Nuevo grito de KATY.)

KARL.- Hija... No escuches...

LEONORA.- He de decirte la verdad, Karl... Lo voy a contar todo. Tus celos injustificados, tus delirios, tu sadismo... Tu cerebro está enfermo.

(Va reculando hacia la puerta. Nuevo grito de KATY, que LEONORA no oye.)

Los médicos me están esperando... Quieren saberlo todo... Lo siento. Y yo lo voy a contar... No lo tomes como una traición... Por favor... **(Ha llegado a la puerta, se detiene.)**

KARL.- No des un paso más... Si vas al hospital... Te juro que soy capaz...

(LEONORA sale. KARL va hacia la puerta.)

¡Leonora! ¡Leonoraaaa!

(Nuevo grito de KATY, al borde del colapso.)

KATY.- Papá...

KARL.- Hija... Mi Katy... Amor mío... Yo te explicaré... Mamá...

KATY.- No... No te acerques... (**Profunda herida en el mismo ojo que KARL. Le empiezan a aparecer manchas de sangre en el traje de paracaidista; pero con una distribución que recuerda a las de KARL.**) Lo sé todo... Me lo han contado todo en el curso de paracaidismo. ¡Te gustan los hombres! ¡Aunque no quieras reconocerlo! ¡Contra natura! Has condenado a un inocente... ¡Y dicen que yo no existo! ¡Que soy tú!

KARL.- Tengo que contártelo todo, cariño... Debes escuchar a papá...

KATY.- ¡No! No te dejaré acercarte... Nunca me tocarás con esas manos... Ya es tarde... Me estoy muriendo, papá... Ahora ya no hay solución... (**Le siguen apareciendo manchas en el traje.**)

KARL.- ¿Qué no hay?

KATY.- Salté de tres mil metros... Me había lanzado con las manos atadas. No podía soportar la vergüenza por más tiempo... Mi propósito era firme... Caí... caí... caí... Pero de pronto, inesperadamente, tuve la impresión de que el tiempo se detenía en mi caída y yo quedaba suspendida en el aire... La temperatura era apacible. El viento bondadoso...

KARL.- Niña mía...

(**La coge de la mano. KATY está radiante. Su cuerpo se sigue cubriendo de manchas de sangre.**)

KATY.- Tibio el color de la tierra, altos los picos de las rocas que había elegido para mi muerte... De pronto, en forma de revelación, sentí que todo en la naturaleza me pertenecía... Que yo, desde aquel punto, dominaba mi vida... La vida me pertenecía... Lo comprendí... ¡Era yo, aquel ser colgado del paracaídas el que hacía todo posible...! Estaba viva... ¡Iba a ser feliz!... ¡Grité de alegría!... ¡Conseguí desatarme! ¡Tiré de la palanca! ¡Una y otra vez! Pero la palanca esta vez, no se abrió... Quería vivir... Tiré de nuevo, con la desesperación de los moribundos. ¡Y se abrió! Pero fue inútil, papa... La verga estaba allí, con sus lanzas en punta, esperándome. Me costó mucho esfuerzo desclavarme y llegar hasta aquí para decirte adiós... papá... **(Vómito de sangre. Cae, inmóvil.)**

KARL.- Katy... Katy...

(Empieza a llorar con insondable tristeza, inmóvil... Solloza llamándola. Llanto infantil, patético, sin solución, que se va transformando en una rígida expresión esquelética. Van cambiando las luces, centrándose sobre él, acorralándolo. Se tapa la cara. Se empiezan a oír unos pasos, leves al principio, más fuertes después. KARL abre los ojos, ya con evidentes signos de esquizofrenia. Se oye cómo los pasos van bajando escalones, a medida que KARL abre más y más los ojos. Suena el timbre. Luz en el cuarto. KATY ha desaparecido. Al poco entra CUNNINGHAM.)

CUNNINGHAM.- Buenos días, señor. Mi más sincero pésame por la muerte de su hija. Algo horrible. De verdad que lo siento.

(Cara fija de KARL, sin pestañear, con los ojos inyectados en sangre, mirando a CUNNINGHAM.)

¿Me ha oído?

(KARL empieza a sonreír. Silencio. Pequeña risa.)

¿De qué se ríe?

(Nueva risa que concluye en carcajada.)

KARL.- De usted.

CUNNINGHAM.- Ah, me parece muy bien. ¿Permite que yo me ría de usted?

(Silencio. CUNNINGHAM empieza a sonreír y acaba riendo. La risa se le va helando a KARL en los labios. Al final, se transforma en profunda expresión de odio.)

KARL.- ¿Y usted de qué se ríe?

CUNNINGHAM.- Bueno... en verdad yo no me reía de nadie. Bajé a darle el pésame...

KARL.- No, usted se reía de alguien...

CUNNINGHAM.- No, le aseguro que no.

KARL.- Se reía de mí...

CUNNINGHAM.- No, no... Soy incapaz...

KARL.- Usted se reía de mí.

CUNNINGHAM.- Bueno, si insiste...

KARL.- ¿Lo ve?

(Silencio; le sigue mirando.)

Dígame, ¿sabe quién ha sido el responsable de la muerte de mi hija?

CUNNINGHAM.- No... Verá, yo sólo bajaba a darle el pésame...

KARL.- Usted.

CUNNINGHAM.- ¿Yo?... La verdad, no lo sabía...

KARL.- Usted. **(Pausa.)** Dígame, ¿practica usted el alpinismo?

CUNNINGHAM.- A veces, ¿por qué?

KARL.- ¿En cordada de a dos?

CUNNINGHAM.- No necesariamente...

KARL.- (Bofetada.) Miente.

CUNNINGHAM.- ¡Oiga!

KARL.- Siéntese... Soy capaz de matarle...

(CUNNINGHAM, ante la cara de loco de KARL, opta por callarse.)

¿De dónde le viene la idea de encordar a la gente por los pezones?

(Carcajada de CUNNINGHAM.)

CUNNINGHAM.- Pero... ¡Pero esto es fantástico! Si lo llego a saber hubiera bajado mucho antes a conocerlo... ¡Es usted divertidísimo!

(Nueva bofetada.)

KARL.- Silencio en la sala... Soy yo quien pregunta... Usted es el acusado. Límitese a contestar lo que se le pregunte. De lo contrario, me verá obligado a expulsarle de la sala.

(Silencio. Nerviosismo creciente de CUNNINGHAM, un tipejo raído, medio calvo, con gafitas.)

¿Es usted astrónomo, no?

CUNNINGHAM.- Sí, señor.

KARL.- ¿Cómo pudo pillarse los cojones con el telescopio, dígame?

(Carcajada contenida de CUNNINGHAM, haciendo verdaderos esfuerzos para no reírse.)

CUNNINGHAM.- Yo..., bueno, verá... era un telescopio antiguo... **(Ríe incontinentemente.)** Perdone, su señoría... Perdone...

KARL.- **(Monorrítmico, juez.)** ¿Por qué se pinta los cojones de colores?

(Carcajada incontinente de CUNNINGHAM, sujetándose la tripa.)

CUNNINGHAM.- Yo es que me muero... Tiene usted unas ideas...

KARL.- Presentación de pruebas. Bájese los pantalones.

CUNNINGHAM.- ¿Los qué...? ¿Ahora?

KARL.- **(Apuntándole con un revólver.)** Ahora.

(CUNNINGHAM se baja los pantalones. Genitales de astrónomo pobre, raído, sin colores y sin casi pelo.)

Era lo que me pensaba. No es para tanto... ¿Conoce usted a mi mujer?

CUNNINGHAM.- Algún día creo que nos hemos cruzado en la escalera...

KARL.- ¿Cómo se le ocurrió mearle en la cabeza? ¿No sabía que era una mujer casada?

CUNNINGHAM.- ¿Qué dice que hice?

KARL.- ¿Lo niega acaso?

CUNNINGHAM.- No es eso...

KARL.- ¿Entonces?

CUNNINGHAM.- Fueron tres gotas...

KARL.- Mentira... Se encendieron las luces. Ponían cubos. Se los vertían por la cabeza... Aplaudían como locos... Lo sé todo... Conozco su código secreto, el significado de cada uno de esos pasos que usted da... Todo, lo sé todo... ¿O acaso lo niega?

(Silencio.)

Responda.

CUNNINGHAM.- La vida es un largo y complicado proceso, sin demasiado sentido... Todos sabíamos que el amor había desaparecido entre ustedes dos... Sabíamos que usted, mientras ella dormía, con un bisturí, le iba haciendo profundas heridas en la piel..., llegando al músculo, lacerándolo... **(Pausa.)** Ella me lo contaba todo... Su sadismo ingente, su progresiva desintegración. **(Pausa.)** Usted siempre nos hablaba de su hija..., de su esposa... Pero todos dudábamos de su existencia. Pensábamos que no eran más que invenciones de una mente enferma...

(KARL le va apuntando a la cara.)

KARL.- Hace usted un blanco perfecto... Grite, señor Cunningham... Mi mujer está al llegar...

CUNNINGHAM.- Me está usted hartando...

KARL.- Grite o disparo.

(CUNNINGHAM grita.)

¡Más fuerte!

(Gritos de CUNNINGHAM.)

CUNNINGHAM.- ¿Así?

KARL.- Ahora llore...

CUNNINGHAM.- No sé si me saldrá... Hace tiempo que no lloro... No creo que pueda...

(Esfuerzos de CUNNINGHAM por llorar. En ese momento se abre la puerta, aparece LEONORA por detrás, sin ser vista por éste. KARL dispara al aire, con amplia sonrisa. CUNNINGHAM llora más fuerte, cada vez más aterrado.)

KARL.- Basta...

(CUNNINGHAM sigue llorando, esta vez de verdad, cómicamente, ante la satisfacción de KARL.)

CUNNINGHAM.- ¡Es usted un sádico! ¡Hacerme a mí esto! Llorar así, a lágrima viva, como no lloraba desde la muerte de mi madre...

KARL.- Mire quién está ahí... Vuélvase...

CUNNINGHAM.- (Sonándose, a LEONORA.) Hola...

LEONORA.- Hola. (Curiosamente viene con una gabardina idéntica a la de KARL.)

KARL.- (Lívido.) ¿Eso es lo que se dicen? ¿No se besan siquiera? ¿Eh!

CUNNINGHAM.- ¿Besarla? ¿Por qué habría de besarla?

(Se empieza a oír a lo lejos la sirena de una ambulancia. Todos permanecen atentos, inmóviles. KARL mira a LEONORA, arruga la cara, como si fuese a llorar, ante la impasibilidad de ella.)

KARL.- ¿Qué has visto en él? ¿Qué tiene que no tenga yo?... Yo hubiera estado dispuesto a todo... Y he sufrido tanto. Durante años. Ocultando mi dolor. ¿Por qué me has herido tanto?

(La sirena se ha dejado de oír. Silencio. KARL escucha.)

CUNNINGHAM.- Me... ¿me puedo marchar? Me estoy haciendo pis...

KARL.- No.

(Silencio. Se vuelve a oír la sirena. LEONORA no para de mirarle.)

No tenías que haber recurrido a esto para quedarte con él...

LEONORA.- He pedido el divorcio, Karl.

KARL.- ¿El divorcio?

LEONORA.- Necesito marcharme de aquí. No lo puedo aguantar ni un instante más... Me asfixio a tu lado... Necesito espacio, reírme... Me ahogo, me muero. No puedo más.

(Silencio. El ruido de la sirena ha desaparecido.)

Mi vida contigo ha sido un calvario. No puedo más.

(Silencio.)

KARL.- Katy ha muerto... Tú me vas a dejar. Todo va muriendo a mi alrededor. Rompiéndose en pedazos, implacablemente... Me voy quedando solo. Todo viene contra mí. Todo me intenta destruir...

(Silencio.)

LEONORA.- ¿Quién es Katy?

(Silencio.)

KARL.- Tu hija.

LEONORA.- No sabía que tuviera ninguna hija.

(Sirena de la ambulancia.)

KARL.- ¿No? ¿Hasta eso quieres destruir entre nosotros? ¿Hasta el recuerdo de nuestra pequeña?

(Silencio.)

Eres repugnante... No sabes cómo te odio... Sería capaz de...

CUNNINGHAM.- ¿Me puedo marchar, señor? Me lo voy a hacer encima...

KARL.- ¿Te vas con él?

LEONORA.- Sí... Estamos muy enamorados.

KARL.- ¿De él? ¿Tú?... ¿Qué te gusta en él?

LEONORA.- Sus ojos..., su boca..., sus pestañas enormes... Esa sonrisa tan simpática...

CUNNINGHAM.- **(Conteniendo el pis.)** No sé... Si ella lo dice... Yo...

LEONORA.- Su cuello... Su porte. Sus pasos. Esa forma tan peculiar de andar. Potente, rítmica... Hay en su caminar un no sé qué indescriptible...

CUNNINGHAM.- Me lo voy a hacer... De verdad...

LEONORA.- Ese caminar suyo, esa forma de trascendencia encerrada en el ruido de sus pasos..., como mensajes cifrados que fuera transmitiendo a la eternidad, palabras de amor que me fueran salvando del tedio de tu presencia, de tu cerrado egoísmo... Sentía su presencia arriba, suspendida sobre mí, dominándome... Estaba contigo en la cama y le sentía encima, como observándome, como si estuviera con él, acariciándole..., tan bello..., tan alto...

CUNNINGHAM.- No es para tanto...

LEONORA.- ... tan joven..., tan distante, tan lejos de lo real, en sus cálculos, como un dios...

CUNNINGHAM.- Bueno, ya sabe lo que son las mujeres... Si le digo la verdad, entre nosotros... **(Ríe.)** apenas sé sumar...

(LEONORA se ha ido acercando a CUNNINGHAM y le ha empezado a acariciar la cabeza, con evidente ternura. Cara de dolor de KARL, con las mandíbulas apretadas. LEONORA se va abriendo la gabardina hacia CUNNINGHAM. Está desnuda debajo.)

Y si le digo lo más gracioso..., si se lo digo... **(Ríe.)** ¡Yo no vivo encima de usted! Yo sólo pasaba por la escalera... Venía a ver a un amigo... Ella estaba sentada..., con las piernas entreabiertas...

(KARL cierra los ojos, cierra los puños.)

Pero ya sabe..., con la oscuridad se crea una atmósfera tan erótica...

(CUNNINGHAM arranca la gabardina a LEONORA.
Destaca el hibridismo de su cuerpo, medio mujer, medio hombre, medio real, medio inexistente. Grito de KARL, tapándose los oídos.)

*¿Por qué no me haces un champú, Tarzán?... Y yo le contesté...
¿Cómo lo quiere, señor juez? ¿Lo quiere contra natura?*

(Nuevo grito de KARL que saca un revólver y dispara sobre ellos. Pero no se mueven, ni caen, ni se quejan.)

LEONORA.- Como tú quieras..., Adonis, Baudelaire mío, mi Tchaikowsky... Castígame. Convierte en dolor mi mezquindad...

(Nuevos disparos de KARL. Silencio. CUNNINGHAM y LEONORA se empiezan a reír, mientras les va envolviendo una extraña luz.)

CUNNINGHAM.- Estas balas dan una risa...

(Ríen.)

LEONORA.- No se puede aguantar... **(Ríe.)** Se quiere suicidar... Se quiere matar.

CUNNINGHAM.- Dispara contra él mismo... ¡Esto es fenomenal! Dispara sobre nosotros pero dispara contra él... ¡Qué gracia!

(Se abrazan. La luz sobre ellos se va haciendo más tenue hasta que desaparecen en la oscuridad. KARL permanece solo. Mira a derecha e izquierda. Grita, presa de pánico.

Grita. Se siguen oyendo las risas, en otro punto de la escena. Vuelven a aparecer LEONORA y CUNNINGHAM en otro punto, envueltos en una especie de niebla. KARL vuelve a disparar sobre ellos... Vuelven a desaparecer.

Sirena de una ambulancia, casi a la puerta de la casa. Respingo de KARL que se refugia en la silla, con cara de terror. Sale una mano de la oscuridad, le sujeta por la muñeca la mano donde lleva la pistola. Pasos subiendo por la escalera. Golpes en la puerta. Terror de KARL, cada vez más catatónico.)

DIGBY.- Chsstt... No conteste... Se irán en seguida...

(Golpes en la puerta. Silencio.)

Chssttt...

(Mano de MASNICA cogiéndole por la otra muñeca.)

MASNICA.- No conteste... Calle...

(Al poco se oye la ambulancia alejarse, hasta que deja de oírse. Silencio. KARL grita, como intentando liberarse de DIGBY y MASNICA, pero fijo en la misma posición, sin conseguir mover los brazos.)

DIGBY.- Ya es inútil, señor juez. Ha llegado el momento de descansar... Tranquilo... Muy tranquilo... No se rebele contra mí. Sería inútil. De verdad...

(Le empieza a colocar cada articulación de la mano en una posición catatónica.)

Si no hace resistencia, será mejor... No le dolerá casi nada. Ya verá...

(Grito de KARL, sin mover las articulaciones que le van colocando.)

Ella es Masnica, la hija de Sam Hartwig... ¿lo sabía? Le estaba envenenando con arsénico. Un personaje terrible verdaderamente...

(Grito de KARL, intentando escapar de la posición en que le colocan brazos, muñecas, pies, músculos de la cara.)

La última de sus alucinaciones, señor juez. Su verdugo. De ahora en adelante ya nadie perturbará el descanso que ese cerebro enfermo merece...

(Silencio.)

El grito de KARL se va haciendo más gutural y fijo, convirtiéndose en un lamento interno, monorrítmico, muy semejante al que se ha escuchado durante la ejecución de SAM HARTWIG. La silla donde se encuentra sentado KARL, se halla en la misma posición que la silla eléctrica, la luz, idéntica. Las posturas que van adoptando sus dedos, semejantes.)

Chssttt... Tranquilo. No tenga miedo de mí... No soy tan malo como la gente piensa. Intento ayudar al hombre, de verdad... pero es casi inútil... Ustedes no me escuchan. Van siguiendo su destino con una tenacidad propia de gigantes... Van a su destrucción titánicamente... Como usted, señor juez... Fíjese, antes astrónomo, libre, sano, diseñando modelos teóricos del universo... Y ahora, mírese... ¿Por qué no se suicidó por entero, las dos partes de su cerebro? ¿Por qué anuló sólo la buena? ¿Por qué la condenó a muerte? ¿Por qué satánico instinto, por qué diabólica enfermedad...

**(Cara deformada, casi fija, de KARL, intentando gritar.
Desaparecen las manos de MASNICA.)**

... destruyó su Hartwig y dejó vivo su Jowialski, señor Karl Sam Hartwig-Jowialski?... ¿Por qué? ¿Por qué...?

**(Sale un alarido de dolor incontenible de la garganta de
KARL SAM HARTWIG JOWIALSKI, el último.)**

Chsst... Vámonos... Venga conmigo... Despacio... Sin hacer ruido. Ya van callando las voces sin sonido de su cerebro... Chsst... Ciérrelo definitivamente... Hágalo un bloque rígido, catatónico, firme como un meteorito... Lanzémoslo al espacio... Yo le ayudaré... Descanse... Cállese... Chssttt... El monólogo ha concluido... Silencio... Silencio... **(Pausa.)** Vamos...

(Desaparece DIGBY. Se empieza a oír un zumbido monocorde. KARL permanece como una estatua, con el cerebro sumido en el silencio, sin vida, sin delirios ni alucinaciones, sin historias ni insectos, solo, en un silencio que recuerda al silencio de las estrellas y las distancias infinitas, en actitud de catatonía fija.)

FIN